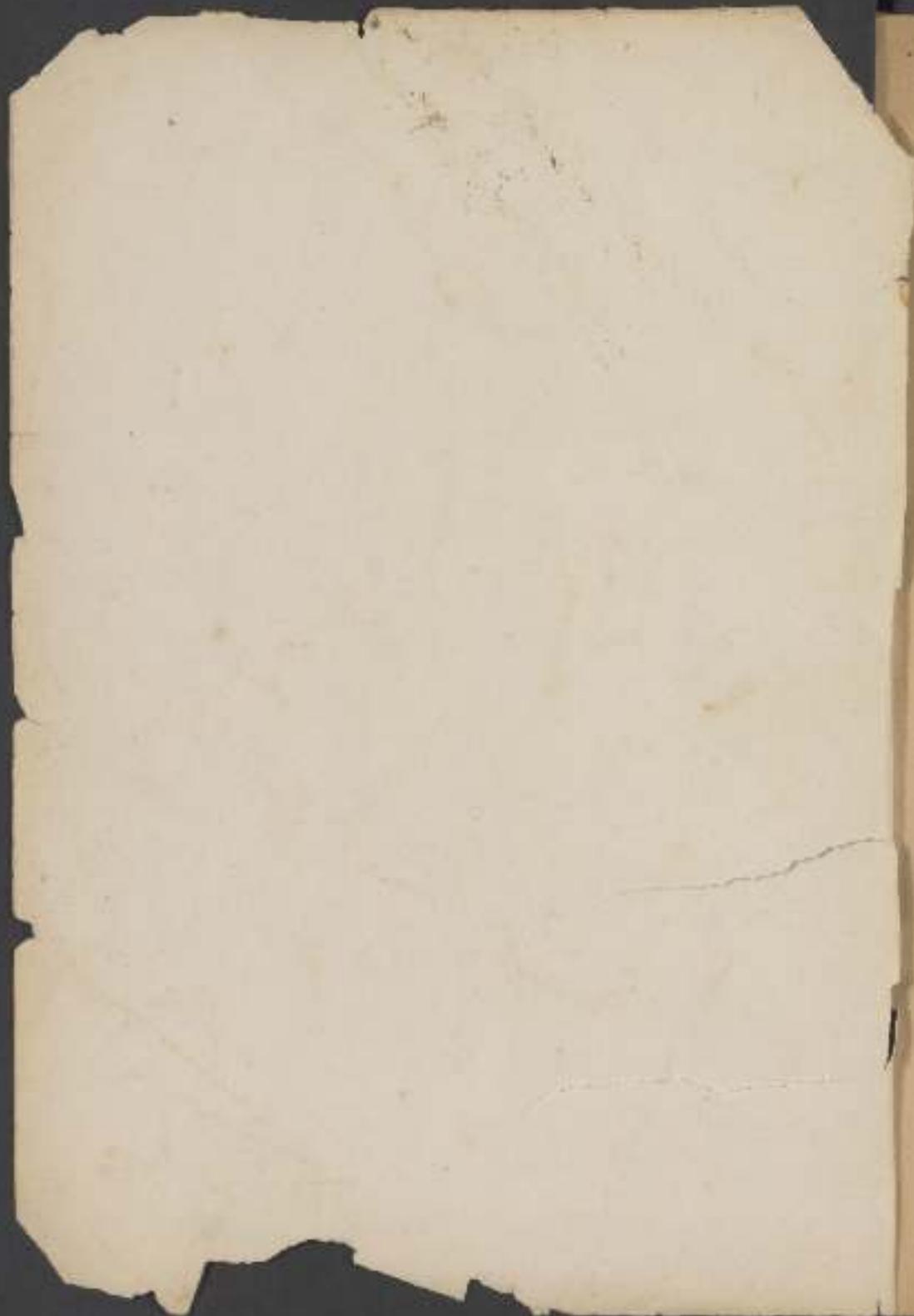


INES
AGNE

MARIA LADRON DE GUEVARA
EIVIRA MORLA
RAFAEL RIVELLES
JOSE CRESPO
RAMON PEREDA



**EL PROCESO
DE MARY DUGAN**



Barcelona 15 Julio 1982.
~~Suposición de Dugal~~
vista por 3^a vez.

9

EL PROCESO DE MARY DUGAN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIU BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

El proceso de Mary Dugan

(4.ª EDICION)

Adaptación cinematográfica de la popularísima obra de
BAYARD VEILLER

Dirección de
MARCEL DE SANO

Versión cinematográfica de
BECKY GARDINER

Diálogo de
JOSÉ LÓPEZ RUBIO y EDUARDO UGARTE

*

Es una película de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer
TOTALMENTE HABLADA EN ESPAÑOL

Distribuida por

METRO-GOLDWYN-MAYER
IBÉRICA, S. A.

Mallores, 223
BARCELONA

*

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO

<i>Mary Dugan</i>	MARÍA LADRÓN DE GUEVARA
<i>Jimmy Dugan</i>	JOSÉ CRESPO
<i>West</i>	RAMÓN PEREDA
<i>El Fiscal</i>	Rafael Rivelles
<i>La Sra. Rice</i>	Etvira Morla
<i>María Drucot</i>	Adrienne d'Ambricourt
<i>May Harris</i>	Celia Montalván
<i>Dagmar Lorne</i>	Della Magaña
<i>El Inspector Hunt</i>	Juan de Landa
<i>El Juez</i>	José Soriano Vlosca
<i>El Dr. Welcome</i>	Julio Villarreal
<i>El Capitán Price</i>	Lucio Villegas
<i>Henry Plalsted</i>	Manuel París
<i>James Madison</i>	Romualdo Tirado

El proceso de Mary Dugan

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Cierta madrugada, al punto de las tres, llaman al teléfono de la inspección de policía de Nueva York.

El sargento de guardia se puso al aparato. Escuchó breves momentos en actitud respetuosa y contestó:

—¡Bien, señor comisario! Voy a avisar al inspector.

Se dirigió al despacho del señor inspector, y éste alcanzando el aparato que tenía sobre su mesa entabló comunicación.

¿Quién? ¡Ah! ¡Sí, señor comisario!... ¿Cómo? ¿Edgar Rice? ¡Sí, sí!... ¿Se sabe quién lo ha matado?

Permaneció silencioso unos instantes y agregó después de oír a su interlocutor:

¡Ah! ¿Sí? ¿Mona Tree?... Sí... sí... ya sé... La corista con que un-

daba últimamente... Sí, la conozco. No, no tenga cuidado... Le respondo de que ningún periodista se enterará de esto antes de tiempo... Tenga usted la seguridad... Bien... Perfectamente... Salgo en seguida para allá.

Pero se equivocaba el inspector creyendo que aquel suceso misterioso no iba a trascender, por el momento, a la publicidad.

Un hábil reporter, desde el despacho del sargento, aprovechando que éste se hallaba ausente, había escuchado por el teléfono la conversación mantenida entre los dos jefes de policía. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. ¡Sensacional información la que iba a publicar!... ¡Edgar Rice, el poderoso millonario, muerto!... ¡Una mujer, la bella corista Mona Tree, la matadora!

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Asunto apasionante, escabroso... Al día siguiente, Nueva York vibraría con la electricidad de la sorpresa. Y corrió hacia la redacción, contento de su habilidad y de ser el primero en conocer la noticia.

Una hora después, el inspector Hunt, hombre hábil, acostumbrado a los interrogatorios, se encontraba en el cuarto de la casa donde había sido asesinado Edgar Rice.

Este yacía en el suelo, boca abajo, con un cuchillo cerca de él, rojo de sangre, y presentaba una herida de arma blanca en la espalda.

Junto al muerto, Mona Tree, hermosa mujer de grandes ojos negros, lloraba presa de la más honda desesperación.

El inspector la contempló con severidad, convencido de que se hallaba ante la verdadera culpable. La habían descubierto allí misma, en aquel cuarto, donde ella vivía. Seguramente había dado muerte al millonario.

Algunos agentes se encontraban en la estancia, atentos a las órdenes que pudiera dar el inspector. Este fotografió al muerto; después a la mujer, que llevaba el traje desgarrado y manchado de sangre.

Recogió el cuchillo, lo dejó sobre una mesa y, luego, interrogó a Mona Tree que seguía llorando y murmurando estas palabras:

—¡Ah, Jimmy! ¡Pobre Jimmy!

—Vamos a ver —le dijo bruscamente el inspector, cogiéndola con rudeza—. ¿Por qué ha matado usted a ese hom-

bre?... ¡Conteste usted!... ¿Por qué lo ha matado?

—¡Pobre Jimmy!

—Bueno, así no acabaremos nunca. ¿Quiere responder?

—¡Jimmy! —murmuraba entre sollozos.

—Contésteme usted y tenga en cuenta que desde este momento, todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya.

—¡Pobre Jimmy!

—¿Quiere usted contestar de una vez? ¿Por qué lo ha matado?

Mas ella se limitaba a repetir su cantinela:

—¡Pobre Jimmy!

—Está bien. No se puede sacar de usted nada en claro. Quéa usted detenida como presunta autora de la muerte de Edgar Rice. Bill, encárguese de ella.

Era terna la mujer. Aun insistió el inspector, averzado al trato con esas gentes que no quieren confesar, pero que finalmente, vencidas por su energía, declaraban la verdad. Ese artista parecía ser una excepción. A pesar de las amenazas y del rudo trato a que Hunt la sometía, seguía en su actitud florosa, ohibida, desesperada, pronunciando aquel nombre que era para todos un misterio:

—¡Jimmy! ¡Mi pobre Jimmy!

De orden del inspector fué conducida por una de las matronas de la policía al cuarto de baño a fin de que se lavase la sangre... Y Hunt quedó en la habitación del crimen buscando indicios, pruebas con que esclarecer el suceso.

...

Meses después se celebraba la vista de la causa. Cuando dióse la voz de: "Audiencia pública", la muchedumbre irrumpió en el salón, ávida de un fuerte plato de emociones. Mucha gente había quedado fuera, en colas interminables.

La calidad de los protagonistas, el misterio que rodeaba aquel crimen, la belleza impresionante de la procesada, todo era un motivo para que nadie dejase de hacer lo posible por presenciar el desarrollo de una novela trágica.

La procesada entró en la sala acompañada de unos policías y entre el gentío que se apretujaba por verla.

Vestía elegantemente y se admiraba en su porte una suprema distinción... El público comentaba su belleza y algunas mujeres, envidiosas, se complacían en ofenderla.

Hierática, un poco triste y cohibida ante aquel espectáculo formado para juzgarla a ella, fué a sentarse, junto a una mesa, al lado de su abogado defensor, el señor West, una importante figura en el foro, hombre de unos treinta y tantos años, de expresión enérgica y simpática, serio, grave, que sabía hablar bien y tenía una magnífica y persuasiva elocuencia. Hablaba en voz baja con la defendida, invitándola a tener serenidad, a no perder su dominio.

Al otro lado de la mesa se encontraba el fiscal, el señor Galway, otro gran lumbrera del foro. Frío, severo, lleno de lógica, sabía rebatir con éxito siempre extraordinario, las argucias de los procesados, las falsedades de los testigos, deseosos de burlar el espíritu de la ley. Hombre más cerebral que sentimental, aunque exento de toda crueldad, hablaba y aducía hechos con la fuerza incontestable de la razón.

De pronto se produjo en la sala un movimiento de expectación a tiempo que uno de los secretarios decía:

—¡Atención! ¡De pie!

Todo el mundo obedeció, y entró, vestido con la toga, el señor juez, que debía presidir las deliberaciones de la vista. Hombre grave, aunque de aspecto simpático, el señor presidente tomó asiento, haciendo entonces la propia los circunstancias.

A uno de los lados de la sala, se encontraba el jurado, el grupo de hombres que había de dictar el veredicto contra la acusada.

Iba a comenzar el acto. Uno de los secretarios pronunció la frase de ritual:

—¡El que pide justicia será escuchado!

La procesada pareció agitarse temerosa. El defensor la recomendó calma con fino gesto.

Levantóse el señor fiscal:

—Con la venia de la Sala...

—Un momento, señor fiscal—interrumpió el presidente—. Tenemos antes la lectura de sentencia de Paulina Añero.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Paulina Añero! ¡Paulina Añero!
gritó uno de los secretarios asomándose a una puerta lateral.

Apareció, andando lentamente, como un autómatas, una mujer que, pálida y triste, se detuvo ante la presidencia.

El señor juez, con voz fría y cortante, dijo, ante el silencio de la sala:

—Paulina Añero, resultáis convicta de haber dado muerte a vuestro amante... El delito aparece perfectamente probado y aunque hemos buscado circunstancias atenuantes, ha sido en vano. La sentencia de este Tribunal os condena a permanecer recluida en la cárcel de mujeres... absolutamente incomunicada, hasta la primera semana de noviembre, en que seréis ejecutada... de acuerdo con las formalidades prescritas en las leyes del Estado de Nueva York.

Un sollozo trágico, un grito horrible de Paulina Añero, como si la mstrasen, dejó apenas oír las últimas palabras del señor juez. Pasó por toda la audiencia una oleada de emoción, un murmullo de asombro, de comentario, y el presidente tuvo que golpear varias veces con el martillo.

—¡No... no!—gritaba Paulina debulléndose como una loca, ocultando el rostro entre las manos, no queriendo morir.

Unos policías la arrastraron lejos de allí, mientras todos los ojos seguían el paso de la delincuente con una ráfaga de compasión. Había sido ciertamente una criminal... ¡pero morir es tan ter-

rible! ¡Y aquella mujer era aún tan joven y hermosa!

Sintió la presunta asesina de Rice un frío en la medula, y unas lágrimas de espanto asomaron a su rostro... ¿No era aquél un caso precursor del suyo? ¿No iban también a acusarla de haber matado a su amante?

De nuevo el abogado West le habló al oído, acariciando sus manos, asegurándole que no temiese. Tenía buenas modos de defenderla y de saber sortear las dificultades.

Retirada de la sala Paulina, dió principio a la vista contra Mary Dugan, conocida en el mundo de la galantería por Mona Tree.

Tuvo el presidente que imponer orden, pues el público, en su afán de no perder ni una palabra, se empujaba, se molestaba mutuamente, anhelando ocupar el mejor sitio.

Por fin pudo dejarse oír la voz autorizada del fiscal. Mary le miraba con espanto. ¿Qué acusaciones iba a lanzar contra ella aquel hombre terrible?

—Con la venta... ¡Señores del jurado! ¡El pueblo contra Mary Dugan! Esta frase viene empleándose durante años y años con tanta frecuencia que ha perdido quizás para nosotros su fuerza expresiva. Pero tiene una significación profunda. El pueblo de este Estado, señores, se halla regido por normas fundamentales que reciben el nombre de leyes, cuyo objeto es procurar la felicidad del mayor número, imponiendo a todos el mutuo respeto. Siempre que acatamos esas órdenes, el pueblo es-

EL PROCESO DE MARY DUGAN

tá a nuestro lado, pero si las quebrantamos, la sociedad se coloca frente a nosotros. Esta mujer—y la señaló con gesto implacable—durante toda su vida se ha visto amparada por sus conciudadanos... El pueblo, por medio de sus instituciones, la ha defendido, la ha educado, ha velado por su salud; ha vigilado sus horas de trabajo y ha procurado que este trabajo fuera debidamente retribuido. Pero ahora, los quince millones de habitantes de este Estado, se lanzan contra ella, gritando: ¡Has matado!

Se interrumpió. Reinaba un magnífico silencio. La procesada cerraba a veces los ojos como si quisiera hacerse la ilusión de que no estaba asistiendo a su propio juicio.

Continuó el fiscal:

—Como el pueblo no puede actuar por sí mismo, delega en mí su representación. Mi voz es, por lo tanto, la suya, y mi misión, acusar a esa mujer... una vez convencido de su delito. Pero ahora es toca a vosotros, señores del jurado, decidir si efectivamente esta mujer es culpable o no... Los hechos bien conocidos de todos son los siguientes...

Hubo una pausa que sirvió para que respiraran al unísono centenares de pechos. El señor fiscal prosiguió su relato.

—El multimillonario, Edgar Rice, presidente de la Asociación Nacional de Seguros, fué hallado muerto en la habitación de Mary Dugan, más conocida por Mona Tres, en la madrugada del lunes 19 de abril. Edgar Rice presentaba una herida de arma blanca en la en-

palda. El señor Rice, conocido en toda la nación por su austeridad, llevaba en secreto una vida inoble, cuyas consecuencias ha pagado terriblemente. En cuanto a la acusada, más conocida por Mona Tres, ha sido durante varios años tiple del "Folies", donde su belleza había logrado el favor del público... Ella fué la que arrastró a Edgar Rice a una vida turbulenta, ella fué la que le apartó de su hogar y le hizo olvidar el respeto que por su elevada posición se debía a sí mismo... y el concepto que merecía de sus conciudadanos. Ella fué la que por último le llevó a una muerte vergonzosa. Pero antes de que conozcáis todos los detalles de esta trágica historia, os quiero prevenir, señores del jurado, os quiero prevenir para que no os cautive la juventud de esta mujer ni influya en vuestro ánimo su belleza. Para mí, para todos, esta mujer no debe ser distinta de esa desgraciada Paulina Añero que hace unos minutos habéis visto salir de esta Sala. Nada más.

El fiscal había acabado su discurso. Iba a comenzar la prueba testifical. De nuevo tuvo el juez que imponer orden. Mary, pálida y bella como una virgen dolorosa, tenía los ojos bajos. De vez en cuando miraba al fiscal. ¿Por qué había hablado contra ella de aquel modo? ¿Por qué había puesto tanto veneno en sus frases? Y en casi todas partes veía rostros que expresaban severidad, inflexibilidad, caracteres dispuestos a no sucumbir ante el poder de la belleza.

¿La iban a condenar? ¡Cuán largos

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

serían las horas de aquella causa en que se iba a debatir su propia vida?

Desfiló el primer testigo. Era un médico, hombre sereno, grave, con la impenetrabilidad de los caracteres científicos.

—Doctor Welcome—le preguntó el secretario mostrándole una Biblia—. ¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¡Sí, juró!

—No se ha oído.

—He dicho que diré la verdad.

Le interrogó el señor fiscal:

—¿Su nombre?

—Jaime Welcome.

—¿Es usted médico forense?

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace treinta años.

—¿Cuántas autopsias ha practicado usted durante ese tiempo?

—Exactamente, no sé, unas diez mil.

—¿Hizo usted la autopsia del cadáver de Edgar Rice?

—Sí.

—¿Cuál fué la causa determinante de su muerte?

—Una herida incisa punzante que interesó el corazón.

—¿No pudo el señor Rice morir por "shok" traumático o por cualquier otra causa ajena a la herida?

—Como poder, pudo, pero murió de una herida de arma blanca que le interesó el corazón.

—¿Entonces su opinión es que murió a consecuencia de la herida?

—No es opinión. No pudo morir por otra causa.

—¡Nada más!

—Renunció al interrogatorio—dijo el defensor West.

Instantes después apareció el segundo testigo, un hombre nervioso, de aspecto algo cómico, que parecía muy impresionado por el ambiente.

—Jaime Madison—dijo la voz del secretario—. ¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¡Sí, señor!—contestó al tiempo que imprimía un sonido heso en el libro bíblico.

Sentóse en el sillón de los testigos, y el fiscal le dijo:

—Vamos a ver.

—¡Sí, señor!—respondió el humbre-cillo muy inquieto al verse objeto de la atención de todos y disminuir cerca de él al señor fiscal que lo contemplaba con rostro de pocos amigos.

—¿Su nombre y profesión?

—James Madison, y soy el encargado del ascensor de Park Gardens por la noche.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted en esa casa?

—Tres años.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¿Conoce usted a la acusada?
 —¿A quién?—dijo atolondrado.
 —A esa mujer—acabó, indicándole a Mary.
 —¡Ah, sí, señor!...
 —¿Está inquieta del Park Gardens?
 —¡Sí, señor!
 —¿Desde cuándo?
 —Desde hace un año, poco más o menos.

—¿La veía usted con frecuencia?
 —Sí, señor. Todos los días.
 —¿Puede usted decirme algo acerca de sus costumbres?
 —¡No conteste!—interrumpió el defensor—. Pronesto contra esa pregunta.
 —Se acepta la protesta—dijo el juez.
 —La haré de otro modo—continuó el fiscal—. ¿A qué hora solía retirarse la acusada: temprano o tarde?
 —Eso, según... para ser por la noche, muy temprano, para ser por la mañana, demasiado temprano.

Oyéronse risas que el presidente arrojó con el martillo.
 —¿Puede usted decirme si a esa hora llegaba embriagada a la casa?
 —No, señor. Sólo alguna vez la vi un poquitillo alegre.
 Nuevas risas en el público.
 —¡Orden!—dijo el señor presidente. Pero como no cesasen los comentarios de la gente, el juez prosiguió:
 —He suplicado silencio. Esto es un tribunal de justicia donde se está decidiendo sobre la vida o la muerte de un ser humano. Si el desorden continúa, haré desalojar la sala.

Restablecida la tranquilidad, el señor

fiscal continuó interrogando al testigo cuya cara seguía expresando cierto asombro y temor.

—¿Acostumbraba Mary recibir muchas visitas?
 —Visitas... lo que se dice visitas... no, señor... Un caballero nada más.
 —¿Quién era?
 —El que ella mató.

Fue el defensor a protestar, pero adelantándose el juez, dijo dirigiéndose a los taquígrafos:

—Supriman esa respuesta por improcedente.
 —No debe usted decir lo que piensa, sino lo que sepa—advirtió el fiscal al testigo... Usted no sabe todavía quién mató al señor Rice, ¿verdad?

—Señor juez—dijo el defensor—, pido que el testigo conteste a esa pregunta: sí o no.

—El testigo debe contestar a esa pregunta sí o no solamente—indicó el juez.

—Sí o no—respondió tranquilamente Madison, que era muy duro de mollera—. Pero ¿qué es lo que quiero saber?—agregó ante las risas generales.

—¿Sabe usted si esa mujer mató al señor Rice?—indicó el fiscal.

—¡No!
 —Decía usted que Edgar Rice visitaba con frecuencia a la acusada...

—Yo no sabía que se llamase Rice. Nosotros lo conocíamos por el señor Tree.

—¿Oyó decir usted alguna vez a la acusada que el señor Tree fuera su esposo?

—No, señor; en todo un año no me

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

dijo más que: "Buenas noches, James".

—¿Entraba siempre con la acusada el hombre que usted conocía por el señor Tree?

—No, señor. Algunas veces entraba solo.

—¿Qué solía decir cuando entraba en el ascensor?

—No decía nada más que: "Buenas noches, James".

—¿Nada más?

—Nada más. Ninguno de los dos hablaba mucho.

—¿Recuerda usted la noche del dieciocho de abril?

—Sí, señor—suspiró con espanto—. ¡No se me olvidará nunca!

—¿Por qué?

—Porque fue la noche en que esa señora mató al señor Tree.

—¿La defensa no acepta esa respuesta?—protestó el abogado West.

—¡Suprimida!—ordenó el señor juez.

—Está bien—continuó el fiscal—. ¿A qué hora llegó ese hombre conocido por usted como el señor Tree, la noche de autos?

—A eso de las diez.

—¿Qué dijo al entrar en el ascensor?

—No dijo absolutamente nada.

—¿Estaba tranquilo?

—No, señor. Parecía un poco enfadado.

—¿Qué hizo usted?

—Subí el ascensor al tercer piso; paré, abrí la puerta y el señor Tree salió.

—¿Y cuándo volvió usted a verle?

—¿Nunca!

—¿No le volvió usted a ver más?

—No, señor.

—¿Ni después de muerto?

—¡No, señor, de ninguna manera!—agregó estremeciéndose.

—Y esa noche en que el señor Tree llegó a Park Gardens solo, ¿vió usted a la acusada?—continuó el fiscal, muy cerca de él, como si le devorase con sus ojos de rellejos metálicos.

—No, señor.

—¿No usó el ascensor esa noche ni para entrar ni para salir de casa?

—No, señor.

—¿Está usted completamente seguro de que la acusada no usó el ascensor esa noche?—le dijo con energía entonación.

—Estoy seguro.

—¿Puede usted jurarlo?

—Sí, señor.

—Nada más.

Iba a levantarse el testigo, cuando el abogado West avanzó hacia él.

—Un momento, Vamos a ver, buen hombre: ¿creéis que la acusada pudo subir o bajar del piso por la escalera?

—No, señor.

—Fíjese—le dijo mirándole con energía—. ¿No pudo salir de sus habitaciones y utilizar la escalera sin que usted pudiera verla?

—Me parece que no.

—Vamos a ver, ¿No pudo suceder que estuviera usted con el ascensor en el último piso mientras la acusada bajaba por la escalera?

—Es verdad... No se me había ocurrido...

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¿No pudo suceder lo mismo cuando ella volvía a la casa?

—¿A ver si lo entiendo!—exclamó el pobre hombre para quien aquellas preguntas significaban como un examen universitario.

El público se echó a reír y hasta alguno de los severos señores del jurado inició una sonrisita y un comentario. Sólo Mary se mantenía impenetrable, consumida por quién sabe qué dolorosos pensamientos.

—¿Usted quiere decir que si mientras yo estaba en un piso alto, pudo ella salir sin que yo la viera, y lo mismo al volver?

—¡Exactamente!—le contestó West.

—Sí... eso pudo pasar.

—Entonces, ¿puede usted jurar que no fué así?

—No, señor.

—Nada más.

El testigo respiró gozosamente, feliz de haber terminado tan enojoso interrogatorio. Pero el fiscal avanzó de nuevo hacia él y le dijo:

—Un momento. Siéntese, ¿Vió usted alguna vez a la acusada subir o bajar la escalera?

—Señor juez, protesto de que el testigo sea interrogado sobre las costumbres de mi defendida—le atajó West.

—Se acepta la protesta—dijo el presidente.

El fiscal hizo un gesto de contrariedad y prosiguió.

—¿Vió usted alguna vez a la acusada usar la escalera mientras estuvo usted en Park Gardens?

—No, señor.

—Pero pudo usarla alguna vez. ¿no es cierto?—interrogó el defensor.

—Sí.

—¿Pero usted no la vió nunca en la escalera?—dijo el fiscal.

—¡Nunca!

—Nada más.

Apenas se hubo retirado el buen Madison, compareció el inspector Hunt.

—¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?—le preguntó un secretario.

—¡Sí, juro!

Tomó asiento, y el fiscal comenzó su interrogatorio.

—Inspector Hunt, ¿qué puesto ocupa usted en el Departamento de Policía?

—Soy el Inspector encargado de la Sección de Homicidios.

—¿Cuáles son sus obligaciones como jefe de esa sección?

—Intervenir en la solución de los casos de asesinato.

—¿Fué usted el designado para hacer las primeras diligencias al tenerse noticia del asesinato de Edgar Rice?

—Sí, señor.

—¿Quién había al llegar usted a la habitación donde se acababa de cometer el crimen?

—Tres personas: un agente de polí-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cia, Mary Dugan y el señor Rice. Este estaba en el suelo, en el centro de la habitación.

Mary pareció estremecerse al evocar aquella hora dolorosa.

—¿Puede usted decirme—continuó el fiscal—en qué consistió su actuación?

—Sí, señor. En primer lugar hice unas fotografías.

—Antes de tocar nada, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Hizo usted mismo las fotografías?

—Sí, señor, como siempre. Acostumbré hacerlo así para conservar mejor todos los detalles.

—Perfectamente.

El fiscal dió una orden, y dos agentes de policía entraron, portadores de unas fotografías de gran tamaño. En la primera aparecía el cuerpo de Edward Rice caído en el centro de la habitación con un cuchillo al lado.

—Entonces—dijo el fiscal, enseñándole un cuchillo que había sobre la mesa—esto fué lo primero que encontró usted al entrar en la habitación, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Estaba el cuchillo en el mismo sitio que aparece aquí?—dijo señalando la fotografía.

—No se ha tocado nada, señor fiscal.

—¿Puede presentar la fotografía como prueba?—dijo el fiscal.

—No tengo nada que oponer—contestó West.

—Se acepta la fotografía como prueba—dijo el juez.

A una orden del fiscal los policías mostraron al público otra fotografía del mismo tamaño que la anterior y en la que aparecía Mary Dugan, con el rostro acongojado, la ropa descompuesta y el vestido manchado de sangre.

La presentación del retrato produjo sensación y levantóse un murmullo que a duras penas pudo contener la presidencia.

—¿Hizo usted también esta otra fotografía?—preguntó el fiscal.

—Sí, señor—contestó el inspector.

—¿Estas manchas, son de sangre?

—Sí, señor.

—¿Se opuso la acusada a que le hiciera la fotografía?

—No, señor... No hizo más que llorar y hablar como conmigo mismo.

—Ofrezco esta fotografía como prueba.

—No tengo nada que oponer—dijo el defensor.

—Se admite la prueba—indicó el juez.

—Y después... ¿qué hizo usted?—prosiguió el señor fiscal.

—Recogí el cuchillo del suelo, con cuidado, naturalmente, de no tocar el mango. Después hice examinar las huellas dactilares...

—¿Y encontró usted?...

—Un momento, señor inspector: ¿revelé usted mismo... las pruebas de las huellas dactilares?—interrumpió el defensor.

—No, señor.

—Entonces, protesto. La prueba no tiene valor.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—Se admite la protesta—dijo el juez.

El señor fiscal sonrió y dijo:

—Dígame, inspector... ¿Una vez que fueron reveladas las placas de las huellas dactilares, las cotejó usted con las de la mano derecha de la acusada. ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Y averiguó usted de quién era el cachillo?

—Sí, señor. Era de la acusada.

—Perfectamente. Ahora, vamos a ver, hace un instante nos ha dicho usted que al entrar en la habitación encontró a la acusada buscando nerviosamente. ¿Puede usted entender lo que decía?

—Sí, señor.

—¿Qué decía?

—No hacía más que repetir: "¡Pobre Jimmy! ¡Mi pobre Jimmy!"

—¿Sabe usted a quién se refería?

—No, señor.

—¿Le preguntó usted si era el nombre de su amante?

—Protesto contra esa pregunta—dijo West.

—La pregunta es admisible—contestó el juez.

—Por segunda vez, ¿le preguntó usted si era el nombre de su amante?

—No insiste...—aconsejó el defensor.

El inspector Hunt quedó perplejo, y el defensor agregó:

—Inspector, ¿advirtió usted a la acusada que todo lo que dijera podía ser utilizado en contra suya?

—Sí, señor. Lo hago siempre.

—¿Qué contestó ella?—dijo el fiscal.

—No dijo nada.

—¿Y después?...

—Entonces llegó la matrona del Departamento de policía y llevó a la acusada al cuarto de baño.

—¿Para qué?

—Para que se lavara las manchas de sangre.

—¿Estaba manchada de sangre?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—En el costado izquierdo... en la pierna y en las dos manos.

El fiscal cogió una camisita que había sobre la mesa, y dijo:

—¿Era ésta la camisa manchada de sangre?

—Sí, señor.

—Nada más.

Y arrojó sobre la mesa la camisa, que el defensor se apresuró a retirar.

Levantóse el defensor West.

—Dígame, inspector, ¿preguntó usted a la acusada por qué había matado al señor Rice?—dijo.

—Sí, señor.

—¿Y qué contestó?

—Que no había sido ella.

—¿Cuántas veces le hizo usted la misma pregunta?

—No sé, dos o tres.

—¿Y no es cierta, inspector, que in-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

terrogó usted a la acusada acreando su cara a la suya y en un tono violento la amenazó usted para que confesara?

—¡No, señor!—protestó Hunt, enérgicamente—. No era necesario. El hecho estaba tan claro que apenas importaba la declaración de la acusada.

—Señor juez, pido que no se tomen en consideración las apreciaciones del testigo.

—Un momento—dijo el fiscal—. El testigo no ha hecho más que contestar a la pregunta de la defensa explicando sus razones.

—Se acepta la respuesta del testigo—dijo el juez.

—Inspector—continuó diciendo West mirando duramente al policía—. Supongo que en estos casos hará usted toda clase de indagaciones...

—Sí, señor.

—Quiero decir que hace usted investigaciones complementarias.

—Sí, señor.

—¿Las hizo usted también cuando la muerte del señor Rice?

—Sí, señor.

—Perfectamente. Entonces, ¿puede usted decirme quién ocupaba el cuarto contiguo al de la acusada?

—No sé.

—¿No lo preguntó usted?

—No, señor. No me pareció necesario.

—¿Cómo? ¿No le pareció necesario averiguar si alguien había oído algún ruido... algún grito?

—¡No!

—¿De modo que no sabe usted quién

ocupaba el cuarto inmediato al de Mary Dugan?

—¡No!

—Entonces le sorprenderá a usted mucho saber que era yo quien ocupaba esas habitaciones, ¿no?—dijo en tono sarcástico.

—Sí, señor. Me sorprende.

—¿Y es usted inspector, jefe del Departamento de Homicidios desde hace varios años?

—Sí, señor.

—Y asegura usted que en este caso desplegó usted su acostumbrada diligencia ¿no?—agregó mirándole con altivez.

—Sí, señor—protestó Hunt con disgusto.

—Nada más, inspector.

—Un momento... un momento... Vámonos a ver...—dijo el fiscal avanzando de nuevo hacia el policía—. Cuando entró usted en la habitación encontró a la víctima en el suelo y a la procesada medio desnuda y manchada de sangre, mirando al cadáver, junto al que había un cuchillo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Nada más.

—Inspector—dijo West—, dice usted que mi defendida presentaba manchas de sangre en el cuerpo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Supongo que también haría usted fotografía de las manchas.

—Sí, señor.

—¿Y usted, inspector, jefe del Departamento de Policía, hace eso con una mujer medio desnuda e indefensa?—agregó con indignación.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¿Por qué no? Es un acto que entra en mis atribuciones.

—¿Quiere usted decirnos qué artículo del reglamento de Policía autoriza a emplear esos procedimientos?

—El artículo 432, que ordena al policía ser activo y diligente—contestó con seguridad.

West hizo una mueca de desagrado. ¡Díjale con el inspector! No había manera de amilanarlo.

—¿Diligente? ¡Muchas gracias, inspector! Nada más.

Alejóse Hunt, y unos policías retiraron las fotografías. West habló algo en voz baja con la procesada. Ella suspiró tristemente, preguntándose cuántas horas duraría aquella amargura de air ausaciones sin fin.

...

El nuevo testigo era el capitán de la policía, señor Price.

El secretario le tomó juramento.

—Capitán Price. ¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¡Sí, juro!

—¿Cuánto tiempo hace que ocupa usted ese cargo en el Departamento de Policía?—preguntóle el fiscal.

—Diez años.

West interrumpió:

—Señor Juez, para abreviar el inte-

rrogatorio, la defensa acepta que el capitán Price es la persona más competente del mundo en materia de huellas dactilares.

El fiscal se acercó a la mesa y dijo con tono que no admitía réplica:

—Estimo la actitud de la defensa, pero prefiero conducir mi acusación según mi criterio.

Cogió el cuchillo que estaba clavado sobre la mesa y avanzó de nuevo hacia el capitán Price.

—Durante sus largos años de práctica, ¿ha encontrado usted alguna vez dos personas que tengan las mismas huellas dactilares?

—No, señor. ¡Nunca!

—Entonces, si encuentra usted huellas en el mango de un cuchillo y después comprueba que corresponden a una determinada persona, ¿declarará usted que esa persona ha tenido el cuchillo en la mano?

—Exactamente, señor fiscal. La prueba no deja lugar a dudas. Si las líneas dactilares de una persona corresponden a las huellas marcadas en un objeto, es indudable que esa persona ha tocado el objeto en cuestión... No cabe el menor error.

—¿Reconoce usted este cuchillo?—dijo el fiscal.

—Sí, señor. El inspector Hunt me lo entregó hace algún tiempo para que lo examinara.

—¿Encontró usted en él huellas dactilares?

—Sí, señor.

—¿De qué clase?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Las de tres dedos de una mano derecha.

—¿Coinciden esas huellas que encontró usted con las de la mano derecha de la acusada?

—Sí, señor, completamente.

—Entonces, no se puede dudar que la acusada tuvo en la mano ese cuchillo...

—No, señor.

—Nada más.

Volvió a la mesa y clavó con cierta violencia el cuchillo, que West rápidamente cogió y avanzó con él hacia Price.

—Capitán Price, ¿puede usted decirme la forma exacta en que fué empuñado el cuchillo?

—Sí, señor.

—¿Puede deducirse claramente por la situación de las huellas digitales?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted indicar?

—¡Así!

El capitán tomó el cuchillo con la mano derecha y simuló la forma en que según todas las deducciones había sido empuñado.

—¡Muy bien, muchas gracias, capitán!

El defensor, cogiendo de nuevo el arma, la volvió a clavar sobre la mesa. El capitán Price salió.

Fué llamada Dagmar, una artista de cabaret, muchacha morena y traviesa,

audaz e ignorante a la vez, como la mayoría de las muchachas de su clase.

El público comentó la llegada del nuevo testigo. Las cosas iban bien. La novela se desarrollaba de modo magistral.

—¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?—de preguntó el secretario con monotonía.

—¡Sí, sí, naturalmente!—dijo la muchacha tomando asiento en el estrado.

Cruzó una pierna sobre la otra y contempló al fiscal con sus ojos negros y vivarachos.

—¿Es usted actriz y lleva varios años actuando en el "Folies"?—le preguntó el fiscal.

—Sí.

—¿Conoce usted a la acusada?

Dagmar miró a Mary, que tenía un gesto de doloroso abatimiento ante la presencia de aquella muchacha que le recordaba alegres horas de la vida.

—¿A Mona? ¡Naturalmente!

—¿La conoce usted mucho?

—¡Claro, hombre!—contestó con desparpajo como si se hallara hablando con uno de los concurrentes al "Folies"—. Nos vestíamos en el mismo cuarto. Hasta usábamos el mismo maquillaje.

—¿Cómo?

—Pero ¿de dónde... ha salido usted?—dijo riendo— ¿Qué lea parece? ¡No sabe que para salir a escena hay que maquillarse!

La concurrencia estalló en grandes

EL PROCESO DE MARY DUGAN

risas que el presidente tuvo que nortar con el martillo.

—Joven—indicó el juez con severidad mirando a la artista—. Será mucho más acertado que se limite usted a contestar a las preguntas del señor fiscal.

—Es verdad... Perdón... Venga, pregunte usted.

El fiscal, hombre de mundo, que no perdía nunca su serenidad, no extremó su nota de violencia y dijo a la artista:

—Dígame, ¿conocía usted a Edgar Rice?

—¿Claro!

—¿Cómo era?

—¿Rice? ¡Era un casoto de hombre!

—¿Veía usted a menudo al señor Rice?

—Sí.

—¿Cuántas veces le vió usted aproximadamente durante el año pasado?

—¡Hombre! No sé cuántas, pero muy a menudo.

—¿Las suficientes para intimar con él?

Dagmar le miró con cómica indignación. Miró al presidente y dijo:

—Señor juez, ¿tengo que contestar también a preguntas ofensivas?

—No he hecho a usted ninguna pregunta ofensiva, señorita—manifestó el fiscal.

—¿Ah! ¿Cree usted que no es ofensiva preguntarme si había intimado con el señor Rice?

—Lo que el señor fiscal ha querido preguntarle, señorita Dagmar, es si co-

nocía usted mucho al señor Rice—indicó el presidente.

—¡Oh, perdón, señor fiscal!—contestó, transigiendo—. No había entendido bien.

—Bueno, dígame, ¿conocía usted al señor Rice, íntimamente?

—Por supuesto, ¡Muchísimo!

—Bien. ¿Qué clase de hombre era?

—Verá usted... Era un plomo, como todos los hombres de negocios.

—Bueno, ¿pero quiere usted decirme qué conducta?

—La de sicampe... ya se sabe... Gastaba el dinero, pero sin gracia... Hacía siempre los mismos chistes... vamos, era muy aficionado a divertir a las gentes, pero no había manera de divertirse con él. No sé si usted me entiende.

—Perfectamente. ¿Sabe usted si el señor Rice mantuvo a la acusada?

—¡Claro! ¡Eso ni se pregunta! ¿En que cree usted que se pueden tener relaciones con un hombre así, por romanticismo?

—¡Ya! ¿Puede usted decirnos cómo se llevaban el señor Rice y la procesada durante el tiempo en que usted frecuentó su amistad?

—Se llevaban maravillosamente.

—¿No los vió usted señor nunca?

—Señor fiscal, una mujer no riñe por nada en el mundo, con un caballero tan simpático como el señor Rice—contestó con azamería.

—¿Simpático?—enmugó el fiscal.

—¡Claro! ¿No le parece a usted simpático un hombre que suelta mil dólares todas las semanas?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

El público rió. ¡Era graciosa la artista!

—Protesto contra la respuesta—dijo West.

—No es admisible la protesta—contestó el juez.

El fiscal prosiguió:

—¿Le consta a usted positivamente que el señor Rice pague a la acusada mil dólares por semana?

—¡Uy! He visto los cheques la mar de veces.

—¿Y sabe usted si además de esa cantidad fija le hacía algunos regalos?

—¡Ya lo creo!

—¿Por ejemplo?

—Hombre... esas cosas... joyas... pieles... un Ralla...—dijo sin darle importancia.

—¡Ah! ¿Le regaló un Ralla Royce?

—¡Claro, hombre! ¿Qué quiere usted? ¿Que se la lleve a una el diablo en un triciclo?

Mary la miró con melancolía.

—¿Le dijo usted alguna vez la procesada que tuviese un amante?—dijo el fiscal.

—No, señor. No tenía ningún amante. Mona es una muchacha decente.

—¿Cree usted que puede ser decente una muchacha que tiene esas familiaridades con un hombre casado?

—Sí, señor, porque no la engañaba.

—¡Ah, muy bien! ¿Quién es Jimmy?

—¿Jimmy? ¿No sé! ¿Jimmy?

—Sabemos que cuando la procesada fué detenida, se hallaba dominada por una fuerte excitación nerviosa... y no

hacia más que decir: "¡Jimmy! ¡Mi pobre Jimmy!" ¿Puede usted decirme a quién se refería?

—No tengo la menor idea...

—Está bien. Nada más.

Iba a levantarse Dagmar cuando West corrió a su encuentro.

—Un minuto, señorita. Nos acaba de decir usted que el señor Rice y la señorita Mona True se llevaban maravillosamente. Según eso, la acusada se confundió con el señor Rice de una manera encantadora.

—De una manera encantadora.

—¿Quiere usted aclararnos qué quiere decir "encantadora" en este caso?

Ella rió y con su natural simpatía continuó diciendo:

—Verá usted. Era amabilísima con él, y atenta y muy simpática, la pobre. Con decirle a usted que se reía cuando el señor Rice hacía los mismos chistes de siempre y que, además, se preocupaba por su salud...

—Y el señor Rice, ¿cree usted que estaba contento?

—¿Como de costumbre!

—¡Perfectamente! ¡Eso es todo!

—Nada más—dijo también el fiscal.

Dagmar se puso en pie y, mirando a todos, dijo, risueña:

—Perdonen, pero me parece que se han olvidado ustedes de preguntarme una cosa.

—¿Cuál?

—Yo quería decir que la acusación que pesa contra Mona, es completamente una idiotez.

—¡Ah, muchas gracias!—contestó West.

El fiscal sonrió tolerante, mientras el público acogía con alegres comentarios la declaración de Dagmar.

Al pasar junto a ella, Mary la contempló con simpatía. Aquellas últimas palabras le habían llegado al alma.

Entró la nueva testigo, May Harris, otra bella criatura de tabaret.

—May Harris, ¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¡Sí!

—Vamos a ver—preguntó el fiscal—, ¿Se llama usted May Harris y actúa usted en el "Follies"?

—¡No, señor! ¡En el Casino!

—¡Ah, perdón! Según tengo entendido, es usted amiga íntima de la procesada.

—Sí.

—¿Conoce usted también al señor Rice?

—Nada más que como amigo de Mona.

—¿Recuerda lo ocurrido durante una cena en el domicilio de la acusada... algo relacionado con una carta?

—Sí.

—¿Qué hizo cuando la vió?

—¡Ah! Se puso muy pálida; se levantó y le dijo al señor Rice: "Dame esa carta, es para mí".

—Y el señor Rice, ¿qué hizo?

—Se levantó al ver que Mona se dirigía hacia él... Estaba enfadadísimo. Mona le dijo otra vez: "Es para mí... Dámela... Dámela..." Entonces el señor Rice le contestó: "Primero voy a leerla... Es letra de hombre." Mona, ya llojando, le dijo: "No te permita que la leas... es mía..." Entonces el señor Rice se puso furioso... ¡Claro! Por lo visto, tenía celos. ¡Es natural!

—¡Ya! ¿Y Mona, entonces?

—Se puso como loca. Tomó un cuchillo que había sobre la mesa y se fué derecho al señor Rice.

—¿Un cuchillo? ¡Bien! ¿No dijo nada cuando se dirigió con el cuchillo en la mano hacia el señor Rice?

—Sí, dijo: "Si abres esa carta, te mato!"

El silencio de la sala era imponente. La declaración de la artista resaltaba de un interés extraordinario.

—¿Y qué contestó entonces el señor Rice?

—Dejó la carta sobre el mantel, se levantó y salió del comedor sin decir nada, pero muy molesto. ¡Uy! ¡Pero muchísimo!

—¿Tiene usted la bondad de repetir el jurado exactamente las palabras que pronunció la acusada para amenazar de muerte al señor Rice?

—Con mucho gusto, sí, señor, dijo: "¡Si abres esa carta, te mato!"

Los señores del jurado la contemplaban con profunda atención.

—¿Está usted segura de que fué eso lo que dijo?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Completamente segura.

—¿Qué día ocurrió eso?

—El nueve de abril.

—¿Por qué recuerda usted tan bien la fecha?

—Porque es el día de mi cumpleaños.

—Perfectamente. Entonces quedamos en que unos días antes del asesinato de Edgar Rice, la acusada le amenazó de muerte, ¿no es eso?

—Eso es, el señor.

—Nada más, ¡Muchas gracias!

El defensor la interrogó a continuación. Se daba cuenta de la importancia de la declaración de aquella mujer y de la situación desfavorable de Mary. Había que hacer un gran esfuerzo para salvarla.

—Hágame el favor, señorita Harris— dijo West—. Vamos a ver... Cuando eso sucedió estaban ustedes cuando y mi defendida tomó el cuchillo de la mesa, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, ¿era un cuchillo de mesa corriente?

—¡No, señor! Era un cuchillo de trinchar, pequeño.

—De qué tamaño?

—Pequeño... una cosa así...

Y la alegre artista indicó con las manos unas medidas de cerca de dos palmitos nada más.

—Al jurado... hágame el favor.

Ella se volvió a los miembros del jurado y repitió:

—Pequeño... una cosa así.

Pero esta vez indicó una dimensión

de esa de tres palmas. Nada: ¡un coraplumas de bolsillo!

—Usted, señorita Harris, tiene muy buena memoria— siguió diciendo West—. Recuerda usted hasta los detalles más insignificantes.

—Sí, señor.

—Haga el favor de decirnos qué cenaron ustedes aquella noche.

—Champaña.

—Le pregunto a usted qué es lo que cenaron— dijo sonriendo mientras el público se reía—, no lo que bebieron... Empiece por el primer plato y díganos en qué consistió la cena.

—¡Ah! Ostras... después, sopa— contestó con tranquilidad.

—¿Qué clase de sopa?

—No sé... Una sopa espesa... vamos... espesa... no se puede decir que fuera muy espesa.

—¿Y después?

—Langosta y una ensalada.

—¿No hubo algún plato de asado?

—No, señor.

—¿No?

—¡No! Creo que no hubo asado.

—¡Piénselo bien! ¿Está usted completamente segura de que no hubo asado?

—Segurísima.

—No hubo asado. Bien, ¿Qué tomaron ustedes después de la ensalada?

—Queso, fruta y café. El señor Rice no comía nunca dulces.

—Nos ha dicho usted que tomaron champaña, ¿No bebieron algo más?

—Con la comida, no. Antes habíamos tomado unos cocktails.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¿Cuántos?

—Pocos... cinco o seis.

—¿Hum! ¿No bebieron algo más antes de pasar al comedor?

—No me acuerdo.

—Sin embargo, recuerda usted perfectamente la comida en todos sus detalles. Ostras, sopa, langosta, ensalada, queso, fruta y café. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Y está usted completamente segura de que no hubo asado?—dijo mirándola fijamente.

—De eso estoy completamente segura.

—Entonces, señorita Harris, ¿cómo se explica usted que no sirviéndose asado, hubiera un cuchillo de trinchar en la mesa?

—¿Ah, no sé!

—¿No lo sabe usted?

—¡No!

—¿En qué sitio de la mesa estaba el cuchillo?—le dijo bruscamente.

—¿No me acuerdo!—respondió un poco turbada.

—¿Lo vió usted antes de que Mona Tree se apoderase de él?

—No, señor. No me fijé.

—Entonces, resulta que usted no recuerda más que lo que quiere—le dijo con indignación.

—Yo creía que era eso lo que quería que dijese.

—Está bien. Nada más.

...

Salía ya la señorita Harris cuando

se produjo un extraordinario murmullo en el salón. Un joven que no llegaría aún a los veintiocho años, abrióse bruscamente camino entre el público, e intentó pasar al recinto reservado.

—¿Déjame pasar! ¡Soy abogado!

Consiguió llegar hasta Mary Dugan, quien se había levantado al verle y le miraba con profunda emoción.

Los dos jóvenes, ante la estupefacción general, se abrazaron estrechamente conmovidos.

—¿Jimmy! ¡Jimmy!—gemía ella—. ¿No, Jimmy, no! ¡Vete!... ¡No debes estar aquí... te lo suplico! ¡Vete!

El fiscal, el defensor, los relatores, estaban admirados ante aquella extraña interrupción mientras el público rugía con un hervor de colmena.

—¡No! ¡No insistas!—decía el recién venido—. No insistas, Mary... He venido para estar contigo.

—¡Vamos... vamos!—gritó el juez dando golpes con el martillo—. ¿Qué significa eso?

El llamado Jimmy, muchacho de simpático porte, contestó:

—Señor juez, pido a la Sala que se me autorice para quedarme junto a la procesada.

—¡No... no... Jimmy... no!—suspiraba ésta.

—¿Con qué derecho solicita usted ese permiso?—dijo el juez.

—Soy hermano de la acusada.

Rumores de sensación acogieron estas palabras.

—Buena. Concedido. Continúe usted, señor fiscal.

Jimmy tomó asiento entre su hermana y el defensor West.

Mary suplicaba aún a su hermano que se marchase, que no se torturara permaneciendo allí. Pero Jimmy se negó en absoluto.

El señor fiscal dió orden de que se presentase el nuevo testigo. Un murmullo impresionante acogió su llegada.

Era una mujer enlutada, con la cara oculta por un velo, que andaba lentamente como bajo el peso del dolor. Se trataba de la viuda de Rice.

El secretario le tomó juramento sobre la Biblia contestando ella con un ¡sí! tímido.

Después tomó pausadamente asiento en el sillón de los testigos. La muerte de su marido parecía haberla aniquilado.

—Siento molestarla, señora, pero tengo que rogarle que se levante el velo —le dijo el fiscal.

Ella obedeció apareciendo un rostro pálido, melancólico, bello aun en su serenidad otoñal.

El público acogió con nuevos comentarios y rumores a la dama. ¡Con lo hermosa y bella que era aquella señora, y Rice haberla traicionado!

—¿Su nombre?—preguntó el fiscal.

—Gertrudis Rice—contestó con un leve temblor en la voz.

—¿Es usted viuda de Edgar Rice?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted casada con el señor Rice?

—Catorce años.

—Señora, siento profundamente te-

ner que interrogarla sobre algunos detalles íntimos de su vida matrimonial, pero lo considero absolutamente necesario. ¿Hacía usted vida conyugal con su marido en los días en que tuvo lugar el asesinato?

—No, señor—respondió bajando los ojos.

—¿Desde cuándo vivían ustedes separados?

—Desde hacía un año aproximadamente.

—¿Por qué motivo?

—Por culpa de esa mujer... su amante.

Mary se estremeció. Jimmy la contempló con abrumadora tristeza.

—Su vida matrimonial había sido hasta entonces tranquila y feliz, ¿no es eso?

—Sí.

—Dígame, señora Rice, ¿Cómo descubrió usted la infidelidad de su esposo?

—Sus continuas ausencias me la hicieron sospechar... Luego, una amiga me lo dijo.

—¿Y qué hizo usted al enterarse?

—Cerró la puerta de comunicación entre nuestras habitaciones.

—¿Qué dijo su marido ante esa actitud?

—Me preguntó la causa y yo se la dije.

—¿Le confesó él que tuviera relaciones con la acusada?

—Sí, y me dijo que no sabía por qué, pero que no podía dejarla.

—¿Pidió usted consejo a algún abo-

gado o a algunas amigas después de esa conversación?

—No, señor. Mi marido y yo hablamos abiertamente de todo y decidí no tomar resolución definitiva en consideración a mi hija.

—¿Hizo usted alguna tentativa para atraer de nuevo a su esposo?

—¡Entonces, no!

—¿Y más tarde?

—¡Sí!—dijo haciendo mucho la voz y como emocionada.

—¿Recuerda usted con exactitud la fecha en que tuvo lugar ese intento de reconciliación?

—¡Sí! La noche en que le asesinaron.

Habo murmullos en la sala apagados rápidamente por el ansia de no perder ni una sílaba del diálogo.

—¿Por qué se le ocurrió a usted intentarlo esa noche?

—Porque cuando estábamos cenando, mi hija nos dijo mirándonos de una manera extraña: "¿Qué es pasa que ya no os queréis?"

—¿Y qué contestó su marido?

—Los dos nos echamos a reír, pero Edgar se puso en seguida muy pálido y dijo: "Sí, hija, nos queremos." Después me miró y cuando acabamos de cenar me dijo que quería hablarme de algo muy importante. Fuimos a mi cuarto... y una vez allí me preguntó si lo quería perdonar.

—¿Y usted qué le contestó?

—Que no comprendía lo que me estaba diciendo. Entonces me abrazó y llorando me dijo que había estado loco,

que era a mí a la única mujer que quería... y que no deseaba más que vivir conmigo como antes.

Mary la contemplaba con ojos de asombro, como si le chocara extraordinariamente todo lo que decía aquella señora.

—Yo le dije que lo olvidaba todo... y que le perdonaba—acabó con emoción.

—Y eso ¿dice usted que fué la misma noche del crimen?

—Sí.

—¿Por qué salió de casa su marido aquella noche después de la reconciliación?

—Le hice yo que saliera.

—¿Sabía usted que iba a casa de su amante cuando se separaron?

—¡Que Dios me perdone! Yo misma le pedí que fuera.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Porque quise que todo se arreglara cuanto antes.

Mary palidecía.

La vinda hizo prosiguió:

—Le pedí que recuperara aquella misma noche con esa mujer.

—Entonces... ¿usted esperaba su vuelta como el principio de una felicidad nueva?

—Sí.

—Nada más. Su turno, señor West. Pero éste, que no se había movido del sitio, contestó con brusquedad:

—Renuncio al interrogatorio.

—¿Cómo?—dijo Jimmy.

—¿Renuncia usted?—preguntó el juez.—¿No va usted a interrogar?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—No lo creo necesario—contestó West.

—Pero, señor West, si todo lo que se ha dicho es mentira—dijo Mary con extrañeza.

—¿Ya usted a dejar que esas declaraciones consten así... sin ninguna objeción?—protestó Jimmy.

West miró al joven con severidad.

—Perdóneme, pero estoy llevando la defensa con arreglo al plan que me he trazado. Hágame el favor de no mezclarse.

—Pero es que usted tiene el deber de desmentir algunos puntos de ese interrogatorio.

—¡Señores! ¡Señores!—dijo el juez, conciliador.

—Señor juez, no puedo tolerar ninguna intervención en una causa que he estudiado concienzodamente — protestó West con energía.

—Con la venia de la Sala—dijo Jimmy, decidido—. Creo que ya es hora de que intervenga. La renuncia del defensor al interrogatorio, me parece una negligencia peligrosa para mi hermana.

—Con todo el respeto debido a los sentimientos naturales del hermano de la acusada, me permito insistir en llevar la defensa con arreglo al plan que me he señalado — replicó West severamente.

—Y yo insisto en considerar como un grave desmán de la defensa el no tomar declaración...

—Señor, no puedo tolerar la intervención de este muchacho.

—¿No se me permite que ayude a mi hermana a defenderse?

—Desde que tomé a mi cargo la defensa de la acusada, he actuado con arreglo a mi criterio y debo seguir mi gestión de este modo—dijo West en un tono que no admitía réplica.

—Pero es que mi hermana cree ahora que usted no la defiende bien. ¡Señor juez, por favor!—añadió Jimmy—. La declaración de la señora Rice perjudica a la procesada...

—Con la venia de la Sala—interrumpió West—. Está demostrado que la intervención de este muchacho coloca a mi cliente en una situación violenta. Insisto en que se me permita proceder con arreglo a mi conciencia, porque de lo contrario me verá obligado a abandonar la defensa.

Pero Jimmy no cedaba en sus apreciaciones. Miró a su hermana, que aparecía preocupada, y dijo:

—Señor juez, soy abogado, miembro del Colegio de Abogados de San Francisco. Si mi personalidad ofrece alguna duda, puede comprobarse telegrafuando inmediatamente a dicha ciudad. Solicito la autorización de la Sala para encargarme de la defensa de mi hermana.

Todo aquello era tan insólito, tan inesperado, que el juez vaciló unos momentos en contestar.

—Procesada, en favor mya, la Sala cree necesario manifestar que la defensa se ha conducido hábilmente y no ve motivo justificado para ese cambio que se solicita. La Sala considera un deber igualmente recordar a la procesa-

EL PROCESO DE MARY DUGAN

da que de este juicio depende su vida, y que si confía su defensa a un joven abogado, probablemente inexperto, su situación se compromete evidentemente. En vista de estas consideraciones, ¿insiste la processada en solicitar el cambio de defensa?

Mary miró a su hermano, luego a West.

—Sí, señor juez—dijo con serenidad—, quiero que me defienda mi hermano.

—¿Concedido?

Se produjeron fuertes comentarios en el público. La vista adquiría un interés aun más palpitante.

West recogió su cartera y dijo, procurando disimular su enojo:

—No quiero abandonar esa defensa sin agradecer al señor juez los elogios que ha hecho de mi gestión en favor de la acusada. ¿Puedo permitirme solicitar que sus frases consten en autos?

—Constarán.

—Muy agradecido, señor juez.

Y haciendo una breve reverencia, se retiró del salón, después de haber dirigido una mirada despectiva a Mary que había renunciado a tan buen abogado defensor.

* * *

Entretanto, la viuda Rice no se había movido del sillón.

Jimmy Dugan, el nuevo defensor, avanzó hacia ella, y viendo que se ha-

bía tapado el rostro con el velo, dijo al juez:

—Solicito que se vuelva a ordenar a la testigo que se descubra.

—Señora Rice...

Ella obedeció temblando. La cubría una mayor lividez. Sollozaba quedamente.

Jimmy la preguntó con amabilidad:

—¿Se siente usted indispuesta, señora?

—Sí... No me encuentro bien—dijo cerrando los ojos, y como si quisiera eludir mirar a su defensor.

—Sin embargo, hace un momento estaba usted perfectamente. Tal vez la atmósfera de la sala...

—No sé...

—Porque no creo que sea el temor a las preguntas que yo pueda hacerle.

—¡Ah, no, no! ¡No es eso!—dijo con turbación.

—Me alegro mucho. Usted sabe que yo no puedo ser peligroso para usted. ¿Verdad?—le indicó amablemente.

—No comprendo qué quiere usted que conteste.

—La verdad, señora, siempre la verdad. ¿Pero se siente enferma?—volvió a decir dándose cuenta de la palidez, del malestar que parecía envolver a la dama.

—¡Oh, sí!

—Se encontraba usted bien, no obstante, durante el interrogatorio del señor fiscal. ¿Quiere usted indicarme el momento exacto en que empezó a sentirse mal?

—Vamos, vamos, joven, ¿a qué viene

todo esto?—interrumpió el fiscal—. Señor juez, yo estoy en la mejor disposición respecto a este muchacha, pero este interrogatorio me parece perfectamente pueril.

—Perdóneme, pero estoy dispuesto a seguir adelante con él—contestó el defensor—. Mary, levántate... Ven aquí.

La acusada obedeció temblando.

—¡Acércate!

Mary paróse ante la señora Rice que pretendía evitar la mirada de la joven.

Jimmy entonces dijo:

—Y ahora, señora Rice, tengo usted la bondad de decir frente a mi hermana cuáles fueron las palabras de su marido cuando le habló a usted de ella.

—Dijo... dijo...

—Vamos... diga.

—¡Oh!

No podía, parecía tener un nudo en la garganta, la invadía la emoción. Mary contemplaba también con temor a aquella mujer.

—Señor juez—dijo el fiscal—, solicito de la Sala que se suspenda la vista hasta mañana por la mañana. La testigo no se encuentra en estado de prestar declaración.

—Está usted seguro de que se halla indispuesta?—dijo Jimmy, irónicamente.

—¿No lo está usted viendo?

—A mí me parece que solamente está preocupada.

—No es extraño. Es la primera vez que se encuentre frente a una mujer de conducta equívoca.

—¡Ah! Si lleva usted sus palabras a ese terreno, tendré que proceder de acuerdo con su actitud. Me opongo a todo aplazamiento.

El señor juez miró a la testigo y luego dijo:

—¿Tiene usted el convencimiento, señor fiscal, de que la testigo no está en condiciones de prestar declaración?

—Me parece evidente, señor juez.

—Creo lo mismo. Por lo tanto, se suspende la vista hasta mañana por la mañana.

—¿Cree la Sala que mañana por la mañana se encontrará la testigo en mayor disposición?—dijo Jimmy.

—Yo creo que sí.

—¿Y usted qué cree, señora Rice?

—¡Oh, sí, seguramente!—contestó con voz casi imperceptible.

—¡Bien!

Entonces uno de los secretarios anunció:

—Se suspende la vista hasta mañana, a las diez de la mañana.

Abriéronse las puertas y el público salió en tropel, ávido de respirar el aire libre, después de la violenta conmoción nerviosa. El interés crecía. ¿Qué nuevas sorpresas iba a reservar el día de mañana?

La señora Rice fué acompañada hasta la puerta por el fiscal, mientras Jimmy acariciaba a su hermana diciéndole que no perdiese la esperanza de salir absuelta.

• • •

Antes de las diez, la sala estaba ya rebosante. Nadie quería perder una es-
cena de aquel proceso sensacional.

El fiscal hablaba con uno de los ta-
quígrafos.

—¡Hola, Bill! ¿Qué le pasa? ¿Está
usted cansado?

—No he pegado un ojo en toda la
noche. He tenido que leerle todo el pro-
ceso al joven Dugan.

—¿Y qué? ¿Le ha gustado?

—No mucho. No ha dicho una pa-
labra hasta que no hemos llegado a lo
de la pensión que el señor Rice le pa-
saba a su hermana. Eso le ha sorpren-
dido mucho y le ha disgustado.

Acercóse al grupo un periodista.

—¡Buenos días, señor fiscal!

—¡Hola, buenos días!

—He recibido noticias de San Fran-
cisco relacionadas con ese joven. ¿Quiere
usted conocerlas?

—Sí... sí...

El fiscal leyó unos papeles que le en-
tregaba su interlocutor.

—Veznos. "Jaime Dugan es muy co-
nocido aquí como deportista y hombre
de sociedad. El año pasado ingresó en
el Colegio de Abogados, pero hasta
ahora no ha ejercido su profesión.
Cuenta con grandes simpatías. Soltero.
Acaba de volver de Africa, donde ha

estado en una cacería..." Hombre, pues
tiene gracia eso de que no ha actuado
nunca. Ha hecho una tontería. West es-
taba llevando muy bien la defensa. Ma-
la suerte la de esa pobre muchacha.

—Sí.

—La peor que puede hacer Dugan es
obligar a su hermana a que declare.
West no lo hubiera hecho. Si la llave
al estrado está perdida.

—Creo lo mismo.

Entró Mary Dugan en compañía de
su hermano Jimmy. Vestía ella un tra-
je gris y un sombrero del mismo color.
Parecía más serena. Se sentó. Junto a
ella, Jimmy.

El público comentaba los posibles
incidentes de la jornada. El nuevo abo-
gado era simpático. Además, le rumba-
ba una aureola sentimental que le ha-
cía doblemente agradable.

—¡Atención! ¡De pie!—dijo una voz.

Todo el mundo obedeció y el señor
juez ocupó su asiento presidencial, rean-
duándose inmediatamente la vista.

—Con la venia—dijo el fiscal—. Con
gran sentimiento, porque comprendo la
impaciencia de la Sala por escuchar la
declaración de la señora Rice, tengo que
manifestar que este testigo no puede
comparecer. La señora Rice sufrió un
colapso anoche al llegar a su casa. Aquí
está el certificado médico que acredita
la imposibilidad de que salga a la calle
en unos días.

Entregó el documento a Jimmy,
quien contestó:

—Yo insisto, naturalmente, en inte-
rogar a la señora Rice.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Me permito proponer a la Sala que se continúe el juicio, aplazando el interrogatorio de la señora Rice para cuando ésta se encuentre en disposición de comparecer—dijo el fiscal.

—No me opongo con tal de que su declaración se coloque luego en el momento de la vista que yo crea oportuno—dijo Jimmy.

—Eso es lo que yo proponía.

—Se acepta. Continúa la vista—indicó el juez—. La acusación espera a los testigos de la defensa.

—Pido a la Sala—dijo Jimmy—, que teniendo en cuenta la falta de prueba, se aplaque la vista.

—¿No se puede acceder?... La defensa tiene la palabra.

—Con la venia. Señores del Jurado—dijo Jimmy—. He pasado la noche oyendo leer al taquígrafo todo el proceso. Nadie puede darse cuenta de lo que esta lectura ha sido para mí. Después de conocer todas las pruebas que hay contra mi hermana, he hablado con ella. Ella no sabe quién mató a Edgar Rice. Contestó la verdad a todas las preguntas de la policía. Dijo todo cuanto podía decir, y sólo se negó a revelar un secreto... quién era ese hombre a quien llamó constantemente... quién era esa persona misteriosa que le escribía con frecuencia y cuyas cartas significaban todo para ella. Estoy seguro de que el señor fiscal perderá uno de los recursos de su acusación cuando sepa que ese Jimmy... ¡jerm yo!

Causaron sensación aquellas palabras.

El defensor, con voz emocionada, palabraba fácil y ardiente, prosiguió:

—Ya veis... no era su amante, como se había logrado hacer creer... sino su hermano. Ella misma podrá explicar el valor que mis cartas tenían para ella y el interés que puso en que nadie las leyera. Confieso que desde que he escuchado la lectura de los autos, y he conocido una por una las pruebas que el señor fiscal ha acumulado contra mi hermana, he llegado a pensar que no había defensa posible. ¿Cómo defenderla sin un solo testigo a su favor, sin una sola prueba concluyente de su inocencia? Yo estoy seguro de que ella no ha podido matar a Edgar Rice... Tengo puestos en ella una fe ciega y un cariño inmenso. Pero eso no basta para convencer a un Tribunal de Justicia... He pedido consejo a un famoso abogado y él me ha dicho que uno de los recursos más hábiles de la defensa anterior fue renunciar al interrogatorio de la señora Rice... y añadió: "Esa señora tiene toda la simpatía de los Jurados. Si la lleva usted al estrado, hágalo con cautela." Pero ni sé, ni puedo emplear en estos momentos habilidades de ninguna clase. No quiero dar más que con la verdad a toda costa y cuanto antes. Ya he dicho frecuentemente que no cuento con más pruebas de la inocencia de mi hermana que la sinceridad de sus propias palabras y no veo otro medio de demostrar esta inocencia que descubrir al verdadero autor de este crimen. Yo no sé quién pueda ser, pero estamos aquí para tratar de descubrirlo. Hasta ahora to-

EL PROCESO DE MARY DUGAN

dos los interrogatorios se han formulado como partiendo de un supuesto: el de la culpabilidad de mi hermana. Yo pido que los testigos declaren juradamente y vamos a ver si, entre todos, descubrimos al verdadero culpable de este crimen. Luego que empiece por declarar mi hermana.

El señor juez accedió y Mary, miedo-a, avanzó hacia el estrado.

* * *

La tensión había llegado al máximo. Se esperaba con enorme interés el interrogatorio que el defensor iba a hacer a su hermana.

Jimmy, severamente, vió cómo Mary ponía su mano sobre el Santo Evangelio.

—¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?—preguntó un secretario.

—¡Sí, juro!—contestó con decisión.

Jimmy la cogió por una mano y la hizo sentar en el sillón.

—¿Te has dado perfecta cuenta de lo que acabas de hacer?—le dijo con una severidad no exenta de cariño.

—Sí, Jimmy—contestó, temblorosa.

—¿Por qué estás asustada?

—No sé.

—¿No comprendes que si eres ino-

cente no tienes nada que temer? ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Mary Elizabeth Dugan.

—¿Dónde has nacido?

—En una casa de vecindad de la calle 4.

—¿Te acuerdas de tu padre?

—Sí.

—¿Era bueno, cariñoso, inteligente?

—No. Bien sabes que no—contestó con amargura—. Estaba siempre botra-cho.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo tenía catorce años... No quisiera hablar de ella.

—Entonces, ¿a los catorce años te quedaste sin madre?

—Sí.

—¿Tienes hermanos?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Contesta.

—Sí. Te tengo a ti.

—Por lo tanto, a los catorce años, te quedaste sola con tu hermano menor, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Qué edad tenía tu hermano?

—Ocho años.

—¿Contabas con algún dinero?

—No.

—¿Qué hiciste de tu hermano?

—Hice todo lo que pude para que siguieran temiéndolo en el colegio.

—¿Y lo conseguiste?

—No. Lo echaron.

—¿Adónde lo llevaste entonces?

—A un asilo.

Mary aparecía impresionada y también la voz de su hermano, al evocar

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la vida de los dos, tenía tonos de emoción.

—¿Era un sitio agradable?—preguntó él.

—¡No! ¡Era terrible!

—¿No le trataban bien?

—No. Había centenares de asilados. Era como un presidio. ¿No te acuerdas?—dijo con un estremecimiento de horror.

—Y aquella situación de tu hermana ¿te preocupaba mucho?

—Todo mi deseo era sacarlo de allí.

—¿Pudiste lograrlo?

—No. Hasta después de dos años, no.

—¿Y cómo vivías en aquella época? ¿Con qué medios?

—Trabajaba en una tienda.

—¿Cuánto te pagaban?

—Seis dólares por semana.

—¿Y con seis dólares pagabas tu habitación, te vestías y te alimentabas?

—Sí.

—¿Era duro el trabajo?

—Sí.

—¿Veías a tu hermano con frecuencia?

—Los domingos nada más. El asilo estaba muy lejos.

—¿Cómo íbas a verle?

—A pie.

—Y ganando seis dólares semanales ¿cómo pudiste sacar a tu hermano del asilo?

—Me ayudaron.

—¿Quién? ¿Un hombre?

Ella bajó los ojos.

—¡Sí!

—¿En qué forma te ayudó?—prosiguió Jimmy con angustia.

—Me proporcionó otra colocación mejor y me dió cien dólares.

—¿Qué hiciste con ellos?

—Saqué a mi hermano del asilo.

—¿Se robó aquel hombre su protección?

Calló unos momentos, pero dispuesta a decir toda la verdad, confesó:

—¡Sí!

El hizo un gesto de dolor.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Dieciséis años.

—¿Cuánto tiempo duraron tus relaciones con aquel hombre?

—Dos o tres años.

—¿Dónde estuvo tu hermano durante todo ese tiempo?

—En un colegio interno.

—¿Era buen colegio?

—Sí. Yo siempre que iba, pensaba: aquí podrá ponerse Jimmy en condiciones de salir adelante. Quería que llegaras a ser un caballero... un hombre de carrera.

El la miró con amor, comprendiendo el admirable sacrificio. Y prosiguió:

—¿Qué más hiciste para lograr ese propósito?

—A los dos años te llevé a otro colegio mejor... después a otro, y por último te envié a California para que estuvieras lejos de mí y no supieras qué vida llevaba.

—Sigues.

—Allí ingresaste en la Universidad.

—Y todo el dinero que gastaste en la educación de tu hermano durante toda



—: ¿Cuestos aíses! ¿Por qué lo ha matado?

30

Indy Anelli Ferrer
11-7-38



... la belleza impresionante de la
 procedida...



... invitándole a tener serenidad...



—¿Pero usted no la vió nunca en la escalera?



— Ofrezco esta fotografía como prueba.



— Cuando entré usted en la habitación encontré a la víctima en el suelo...



El capitán tomó el cuchillo con la mano derecha...



— Haga el favor de decirnos, ¿cómo cenaron ustedes aquella noche.

—¿No debes estar aquí?



Mary palidecía...



— Quiero que me defienda mi hermano.



— ...larga usted la bondad de decir frente a mi hermano cuáles fueron las pústulas de su marido...



— ¿No está usted viendo?

Se

Just present



— ¿No presentó usted en la casa
túrgica disputa?



—...¿todo lo que puede afirmarse es que lo acusada empujó el cachillo con su mano derecha?



—¿Dónde estuvo usted la noche del crimen de ocho a ocho y media?

EL PROCESO DE MARY DUGAN

aquella época, ¿tenía la misma procedencia?

—Sí.

—Dime, Mary—dijo mirándola dolorosamente—, ¿hubiera sido otra tu vida si no hubiese existido tu hermano?

—No lo sé... Puede que no. Muchas veces lo he pensado. Todas las muchachas tienen una inclinación natural al lujo... al bienestar... pero aunque así fuera, de todos los sacrificios me considero pagada con tu bondad de anoche.

—Bueno, dejemos eso ahora.

El señor fiscal interrumpió con ironía:

—Espero que no le quedarán por contar muchos capítulos de toda esa novela sentimental.

El público, altamente conmovido, acogió con murmullos de desagrado aque-llas palabras, y el señor juez dijo:

—Continúe, continúe usted.

—Ahora, Mary, quiero que digas al jurado lo que pasó anoche—Indicó Jimmy.

—Anoche, cuando mi hermano entró en el calabozo, y pálido, nervioso, se sentó a mi lado sin decirme una palabra, yo pensé: "Esto se ha acabado", pero al poco rato se levantó, me dió un beso que no se me olvidará nunca, y me dijo: "No te inquietes, Mary, estoy seguro de tí". Eso me ha compensado de todo lo que he sufrido.

—¿No te dijo nada más?

—Sí, me repetiste que dijera la verdad de todo.

—Bueno. Dime, ¿cuánto tiempo duraron tus relaciones con Edgar Rice?

—Casi un año.

—¿Y antes de que Edgar Rice tuviste otros amantes?

La pregunta era cruel; ella le envió en una triste mirada.

—Jimmy, ¿por qué me preguntas eso tú?

—¿Contesta!—respondió imperturbable—. Si no te hiciera yo esa pregunta, te la haría el fiscal. No puedes callar nada. Hay que tener valor. ¿Tuviste otros amantes antes de Edgar Rice?

—¡Sí!—dijo inclinando la cabeza.

—¿Cuántos?

—¡Cuatro!

—¿Eran todos hombres de posición?

—Sí.

—Según eso, ¿desde los dieciséis años tuviste siempre a tu lado a un hombre de posición?

—Sí.

—Y de lo que ellos te daban, ¿pagaste la educación de tu hermano?

—Sí, pero él no sabía la procedencia de ese dinero.

—No hablemos de eso ahora. Dime, ¿gastaste en tu hermano parte de la cantidad que te daban?

—Sí.

—¿Fuerste feliz mientras viviste con Edgar Rice?

—¡Oh, sí! El fué siempre muy bueno y muy generoso conmigo.

—¿Puedes decirme el dinero que se gastaba en tí al año, aparte de la cantidad fija que te tenía asignada?

—No sé... No quería hablarle nunca de dinero.

—¿Ni siquiera cuando comenzó vuestra intimidad?

—¿No!

—¿Cómo se planteó entonces?

—Hacia ya algún tiempo que conocía a Rice cuando me ocurrió un accidente en el escenario que me tuvo enferma más de un mes. Durante el tiempo que estuve en cama, todos los días me enviaba flores a la clínica y me dedicaba mil atenciones. El día que salí, me invitó a comer en un piso que acababa de alquilar... Desde entonces no nos separamos más.

—La señora Rice ha declarado que la noche del asesinato su marido fué a verte con el propósito de romper esas relaciones contigo. ¿Te habló de eso cuando llegó a tu casa?

—¿Oh, no!

—¿Notaste algo extraño en su actitud?

—¿Sí! Estaba excitadísimo. Me hizo una exaña horrible.

—¿Había bebido?

—No, pero daba grandes voces jurando y amenazando como un loco.

—¿Por qué?

—Porque había descubierto que su mujer le engañaba.

Estas palabras produjeron sensación, y el presidente tuvo que acallar los comentarios con enérgicos golpes de martillo.

—¿Qué dices?—preguntó Jimmy con vehemencia.

—Que acababa de descubrir que su mujer le engañaba.

—¿Estaba muy indignado?

—Mucho; hablaba muy descompuesta.

—¿Fueron oír las voces los demás inquilinos del mismo piso?

—¿Sí! No tuvieron más remedio que oírlos.

—¿Protesto!—interrumpió el fiscal— Esa opinión de la acusada no viene al caso.

—Se admite la protesta—indicó el juez—. Si la acusada sabe de alguien que oyera las voces del señor Rice, debe decirlo claramente.

—Mary, ¿trataste de calmarle por miedo a que le ojeran?—dijo Jimmy.

—Sí, pero no lo conseguí hasta un rato después. Siguió diciendo a voces que iba a echar de la casa a su mujer y que la iba a desheredar.

—¿Nombró al amante?

Todas las imprecaciones iban contra su mujer. Se paseaba por la habitación diciéndome: "Voy a redactar un testamento nuevo ahora mismo".

—¿Y lo llegó a hacer?

—No. Le convenía de que debía esperar hasta el día siguiente con su abogado. Quería darle tiempo para que le pensara mejor. No me pareció prudente.

—¿Protesto!—dijo el fiscal.

—Se admite la protesta—concedió el juez.

—Pero él seguía gritando más fuerte que quería desheredarla—prosiguió Mary.

—¿Tú no le dijiste nada que le estimulara a hacer ese otro testamento?

—No. Al contrario.

—Bueno. ¿Qué más pasó aquella noche?

—Se calmó un poco después de acostarse. Cuando lo vi más tranquilo me acosté también y dormí un rato hasta que me despertó porque se había puesto enfermo. Quise llamar por teléfono a un médico, pero él se opuso. Entonces me pidió que fuera a la farmacia a comprar una medicina que le había calmado algunas veces... Como vi que estaba sufriendo mucho, me eché a la calle.

—El encargado del ascensor ha dicho que no te vió salir en toda la noche.

—Bajé por la escalera porque el ascensor no subió aunque llamé varias veces. Estaba muy asustada y bajé corriendo a la farmacia de la esquina. Pero la encontré cerrada. Entonces volví a casa decidida ya a llamar a un médico; cuando llegué, el ascensor estaba arriba y tuve que subir por la escalera.

—¿Estaba cerrada la puerta de tus habitaciones? Haz memoria. ¿Estaba cerrada con llave?

—Me parece que debía estar abierta.

—¿Protesto!—dijo el fiscal—. Le testigo ha dicho antes que no recordaba.

—Se admite la protesta.

—Bien. Quedamos en que volviste a tus habitaciones—prosiguió diciendo Jimmy—. ¿Qué encontraste al entrar?

—Encontré a Edgar Rice tendido en el suelo, boca abajo... tenía un cuchillo clavado en la espalda.

—¿Tendido boca abajo, con un cuchillo clavado en la espalda?

—Sí. Me quedé mirándole... No sabía qué pensar.

—¡Protesto!—dijo el fiscal—. Lo que la acusada pensara no nos interesa.

—Se admite—dijo el juez.

—¿Qué hiciste entonces?—continuó Jimmy en cuyo rostro se denotaba el sufrimiento que aquel interrogatorio le causaba.

—Le arrojé el cuchillo instintivamente.

—¿Y luego?

—Traté de levantar el cuerpo de Edgar Rice, pero no pude porque pesaba mucho; entonces me senté en el suelo y le tuve en mis brazos. Tenía los ojos abiertos... y me pareció que me miraba... como si fuera a decirme algo.

—¿Qué hiciste después?

—No me acuerdo... no me acuerdo bien... me parece que telefoné a la policía—súspió nerviosa.

—¿No llamaste a la servidumbre?

—No. Por la noche no hay servidumbre.

—Bien. Entonces, ¿telefonaste a la policía?

—No sé. Creo que sí... lo que sé es que entró la policía.

—Vamos a ver. ¿Dijo el señor Rice, cuando habló de desheredar a su mujer, lo que pensaba hacer con su dinero?

—Sí. Dijo que quería dejármelo a mí.

—¿Y tú lo creíste?

—¡Protesto!—gritó el fiscal.

—Se admite la protesta—dijo el juez.

Jimmy continuó:

—Has dicho francamente que el se-

ñor Rice no te inspiraba ningún amor.
¿Quieres decirme qué clase de sentimiento te unía a él?

—Le estaba muy agradecida... me hablaba con entera confianza de sus negocios... de sus preocupaciones... Era muy bueno... muy cariñoso conmigo y me trataba como si fuera su igual.

El la miró de modo solemne.

—Mary, ¿juras que no fuiste tú quien lo mató?

—¡Yo no lo maté!—contestó noblemente.

—Su turno, señor fiscal.

Y ocupó su puesto mientras el fiscal avanzaba lentamente hacia la procesada.

La sala seguía conmovida. Algunas mujeres lloraban. La sinceridad de la procesada y la simpatía del defensor habían puesto mucha gente a su favor. Pero otros no se dejaban seducir por esa influencia sentimental.

El fiscal comenzó su interrogatorio.

—Bien, vamos a ver. Lo que más me interesa de todo es su salida a la farmacia. ¿Dice usted que llegó hasta la misma puerta?

—Sí.

—Y estaba cerrada, ¿no es eso?

—Sí.

—¿En qué notó usted que estaba cerrada?

—En que estaban apagadas todas las luces.

—¿No intentó usted abrir la puerta?

—No.

—¿No miró usted a través del escaparate para ver si había alguien dentro?

—No.

—¿Tocó usted el timbre de noche?

—No vi ningún timbre.

—¿No lo buscó usted?

—No se me ocurrió.

—¿A qué distancia de su casa esté la farmacia?

—Está en la primera esquina.

—¿Pasaba usted por delante de todas las noches antes de volver a casa?

—Sí.

—¿No se le ocurrió nunca entrar a comprar algo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque a esas horas nunca estaba abierta.

—¡Ah! Nunca estaba abierta a esas horas ¿eh?—dijo irónicamente.

—No sé... No me acuerdo.

—¿Y estaba usted tan impresionada con la repentina enfermedad del señor Rice que se fué corriendo a la farmacia sin acordarse de que a esas horas estaba siempre cerrada?

—Sí, señor. Estaba asustadísima y no se me ocurrió pensar.

—¿Por qué estaba usted tan asustada?—le dijo con la energía propia de su cargo.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—Porque tenía miedo de que se pudiera morir.

—¿Tenió usted miedo de que se pudiera morir, de que se muriera antes de hacer ese testamento de que nos ha hablado?

—¡No! No pensé en eso ni un momento... ya he dicho que estaba muy asustada al verle tan enfermo.

—Entonces ¿tenía usted en la imaginación la idea de su muerte?

—No sé lo que quiere usted decir.

—Ha dicho usted que él quería hacer un testamento dejándole a usted toda su fortuna.

—Sí, eso decía.

—Y usted no consintió. ¿No es eso lo que pretende usted hacernos creer?

—Quería que dejara de pensar en eso. Estaba muy excitado y tuve miedo de que se pusiera malo.

—¿Había sufrido alguna vez un ataque como ese?

—Mientras vivió conmigo, no.

—Entonces, la primera vez que pensó usted en la posibilidad de su muerte fue aquella en que habló de rectificar en testamento, ¿no es eso?

Hablaba rápida, enérgicamente. Se veía en él el afán de hacer caer a la acusada bajo el torrente de su lógica. Pero Mary se defendía, temerosa.

—No lo había visto nunca en ese estado—indicó—. Daba miedo verle.

El fiscal la miró con ojos acusadores.

—¿Y está usted completamente segura de que quería hacer ese testamento dejándole a usted cinco o seis millones

de dólares y que usted se lo quitó de la cabeza?

—Lo que yo le dije es que se esperaba hasta el día siguiente y que lo pensaría mejor.

—¿Y por qué si pensó usted que iba a morir se no le dejó llevar a cabo su última voluntad?

—Quería que se tranquilizara... que se calmase.

—Bien. Para usted era más importante la salud del señor Rice que la posibilidad de heredar cinco o seis millones de dólares.

—Estaba muy asustada en ese momento; no pensé para nada en el dinero.

—Sí. Eso ya nos lo ha dicho usted. Estaba muy asustada y salió corriendo a la farmacia. ¿Encontró a alguien en el camino?

—No.

—¿Y al volver?

—Tampoco.

—¿Y en la casa, al subir o bajar la escalera?

—No, a nadie.

—Perfectamente. Entró en sus habitaciones y se encontró al señor Rice muerto con un cuchillo clavado en la espalda. ¿Pidió usted auxilio entonces?

—No. Fui a socorrerle yo misma.

—Y para hacerlo le arrancó el cuchillo de la espalda. ¿No fue eso lo primero que hizo usted?

—Me parece que sí. No me acuerdo bien.

El fiscal proseguía con ironía:

—Lo tomó en brazos y vió que esto-

be muerto. ¿Cuánto tiempo permaneció usted con el cadáver en sus brazos?

—No lo sé.

—¿No lo sabe usted?... ¿No lo sabe?

—No.

—Bien. El caso es que se dió usted perfecta cuenta de que estaba muerto. ¿Pidió usted auxilio entonces?

—No lo sé—dijo cada vez más turbada—. Me parece que no... No me acuerdo.

—En el mismo piso había más inquilinos. ¿Verdad?

—Sí.

—¿No intentó obtener ayuda de ninguno?

—Me parece que no... no sé... ¡Estaba horrorizada!

—Pero ¿no cree usted que al ver que aquel hombre estaba muerto, su primer impulso debió ser pedir auxilio a algún vecino?

—¡Protesto!—interrumpió Jimmy—. La acusada ha dicho ya que no recuerda.

—Se admite la protesta—concedió el juez.

—Bueno—siguió diciendo el fiscal—. No pidió usted auxilio ni a gritos ni saliendo a buscar a alguno de la casa. Perfectamente. Después de darse cuenta de que el señor Rice estaba muerto ¿cuánto tiempo tuvo usted en los brazos el cadáver?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?... ¿Sabe usted el nombre que reciben las mujeres que se venden por dinero?—gritó.

—¡No contestes!—dijo Jimmy—.

Protesto con toda energía, señor juez.

—Se admite la protesta.

—¿Es cierto que a los dieciséis años se vendió usted por cien dólares o no?—preguntó el fiscal.

—Sí—murmuró Mary.

—¿Es cierto—continuó implacable—que ha cambiado usted de amantes con la misma facilidad casi que de vestidos o no?

Ella hizo un gesto de dolor y el defensor dijo con energía:

—¡Protesto!

—La pregunta es admisible—indicó el juez.

—Insisto en la protesta. La forma del interrogatorio no es nada correcta.

—Haré la pregunta en otra forma—dijo el fiscal—. ¿Ha sido usted amada por diferentes hombres en el curso de su vida?

—Sí.

—Nos ha dicho usted que fueron cuatro... ¿Está usted segura de que fueron cuatro y no ocho o diez?

—Han sido cuatro—dijo, suspirando.

—¿Cómo conoció usted a esos hombres?

—No recuerdo.

—¿En qué sitios? ¿En la calle quizás?

—¡Protesto!—interrumpió el defensor—. Mi hermana se niega a contestar a preguntas que tienden a denigrarla.

—No hay pregunta que pueda denigrar a la acusada más de lo que ella misma se ha degradado. Creo que los

go derecho a conocer los medios en que ha vivido.

—Está bien. No se admite la protesta—dijo el juez.

—¿Cómo? —siguió preguntando el fiscal.

—¿Cuál era la pregunta?—contestó ella abrumada bajo el peso de tan crueles interrogatorios.

Necesito saber si conoció usted a sus amantes en la calle.

—¿No! ¡Nunca!

—¿Le fueron presentados en sociedad?

—No recuerdo.

—¿Ya supongo! Nos ha dicho usted que sus relaciones con el señor Rice fueron de lo más agradable. ¿Puede usted afirmar lo mismo de las que mantuvo con esos otros hombres o, por el contrario, éstas fueron simplemente comerciales?... Vamos, díganos algo de esto.

—Estaban enamorados de mí y me llenaban de atenciones.

—Bien. Entonces quedamos en que sus amores fueron siempre verdaderos idilios, y así como el señor Rice le tenía asignados mil dólares a la semana, los demás le pasarían también una cantidad fija. ¿no es eso?

—No recuerdo.

—Vamos, haga usted memoria. Debe usted recordar estos pequeños detalles. ¿Cuánto le pagaban?

—Nada. Me atendían y me hacían regalos por su gusto. No hubo nunca un arreglo fijo. ¡Hubiera sido horrible!

—Dígame, ¿quiso usted a alguno de esos hombres?

—Sí.

—¿Y tomó dinero de ese también?

—Sí. Todo lo que venía de él me parecía bueno.

—¿Cómo se llamaba?

—No quiero decirlo.

—Supongo que sabrá usted que puedo meterla en la cárcel si se niega a responder.

—Ya estoy en la cárcel.

—¿Por qué se separó usted del hombre a quien quería?

—Porque se casó—dijo con una gran tristeza.

—¿Le ha vuelto usted a ver?

—¡No, nunca!

—¿Le quiere usted todavía?

Los ojos de ella, humedecidos por el llanto, miraron al juez.

—Señor juez, ¿debo contestar a esa pregunta?

—Retiro la pregunta—añadió el fiscal—; pero, dígame, ¿esos cuatro hombres la ayudaron a usted, vamos, le daban dinero alguna vez, no?

—Sí.

—¿Mucho?

—Bastante.

—¿Y parte de ese dinero lo enviaba usted a su hermano mensualmente?

—Sí, pero él ignoraba la procedencia. Cuando era pequeño le dije que nuestro abuelo, que había muerto en Irlanda, le dejó algún dinero.

—¿Dice usted que no hubo nunca un arreglo económico entre usted y sus amantes?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Nunca... El compromiso de mantenerme se suponía lo mismo que cuando una mujer se casa.

—¿Quiere usted decir que sus relaciones con esos hombres eran como las de un matrimonio?

—Sí, algo así.

El fiscal sonrió terriblemente.

—¿No sabe usted que esas relaciones eran ilegítimas y por lo tanto distintas de las matrimoniales?

Ella calló.

—La institución del matrimonio se funda en el amor y el respeto recíprocos. En su caso sabemos que la amaban a usted. ¿Pensaban ellos que usted les correspondía?

—Sí, por supuesto.

—¿Y les correspondió usted realmente?

—Ellos lo creían.

—Conteste usted concretamente. ¿Hizo usted creer a esos hombres que estaba enamorada de ellos?

—Sí—dijo, bajando mucho la voz.

—No he entendido. ¿Sí o no?

—Sí.

—¿Pero en realidad no lo estaba usted?

—Quizás no.

—O sea que con objeto de retener a sus amantes los engañaba.

—No.

—Ha dicho usted que les fingía amor, ¿no es eso mentir? ¿No es engañar?

—No, no es engañar.

—No querrá usted hacernos creer que sea decir la verdad.

—No... ya lo sé.

—¿De modo que sus declaraciones de amor a esos hombres constituían parte de su negocio?

—No era negocio—protestó.

—Era un negocio y se servía usted de mentiras para llevarlo adelante.

—¿No!

—¿No cree usted que es mentir decir a un hombre que se le quiere cuando en realidad no es así?

—¿No! —contestó sencillamente—. Yo no creo que las cosas que se dicen para hacer feliz a la gente puedan llamarse mentiras.

—¿Mentía usted para hacer felices a los hombres! ¿No podría decirse con más exactitud que mentía usted para hacer dinero?

—No es verdad.

—Voy a decirle a usted lo que pasó aquella noche...—continuó como si deseara torturar a aquella pobre mujer.

—El señor Rice llegó a casa de usted: le vió usted preocupado, inquieto y le instó para que se acostase...

—No... No, no es verdad.

—Seguía preocupado, su conciencia no le dejaba tranquilo y por fin le confesó a usted que estaba decidido a romper aquellas relaciones...

—¿No, no es verdad!

—...que su esposa le había perdonado y que estaba dispuesto a volver junto a ella.

—¿No, eso es mentira!—dijo indignada.

—Luego se separó de los brazos de usted y se levantó para vestirse. Y entonces usted, fuera de sí, le siguió... y

EL PROCESO DE MARY DUGAN

le dió una puñalada en la espalda.

—¡No!—dijo llorando—. ¡No es verdad! ¡No es verdad!

—¡Es verdad! ¡Es verdad! El jurado sabrá lo que tiene que hacer—decía el fiscal con terrible acento, mientras en la sala reinaba un silencio impresionante.

—¡Es mentira... es mentira!... Yo no lo maté... Yo no lo maté—gemía la pobre criatura.

Jimmy, que había escuchado con profundo dolor tantas ocurrencias, se levantó, tomó la Biblia y acercándose a su hermana, le dijo:

—¡Mary, levántate!

Ella obedeció, desorientada, llorando.

—Toma esta Biblia... ¿Juras decir verdad, toda la verdad?

—Ya lo ha jurado antes—indicó el fiscal.

—¡No importa! Quiero que juro de nuevo para mí. ¿Juras solemnemente decir verdad, toda la verdad... y solamente la verdad?

—¡Sí, juro!—respondió con emoción.

Una pausa, y Jimmy añadió:

—Mary, ¿mataste tú a Edgar Rice?

—¡No, Jimmy!

—Nada más.

—Una pregunta—dijo entonces el fiscal a Mary—. ¿A qué iglesia suele usted ir?

—A ninguna.

—Nada más.

Escuchóse en la sala un respirar jadeante de millares de personas que habían contenido sus alientos.

Mary volvió a ocupar su puesto en la mesa.

Continuó el desfile de testigos.

—Patrick Kearney...

Presentóse un hombre de mediana edad. Después de prestar el acostumbrado juramento, tomó asiento en el estrado.

—¿Su nombre y profesión?—le preguntó Jimmy.

—Patrick Kearney, detective.

—¿Qué hizo usted esta mañana para cumplir las instrucciones que le he dado?

—He seguido a la señora Rice.

—¿Y qué ha hecho esa señora durante el día de hoy?

—Ha salido de su casa a las nueve de la mañana, tomó un automóvil y se fué a la Agencia de la American Line.

—¿Y qué ha hecho allí?

—Tomó pasaje para el "Leviathan" que sale para Europa esta noche.

Pasó por el público una nueva oleada de emoción.

—¿Se ha enterado usted de eso por sí mismo?

—Sí, señor. Estaba a su lado en ese momento.

—¿Tiene usted algo que preguntar, señor fiscal?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Por ahora no—contestó éste, preocupado.

—Nada más.

Retiróse el testigo, y Jimmy propuso:

—Solicito de la Sala que se ordene la detención de Gertrudis Rice. Intenta eludir mi interrogatorio.

—¿Un momento?—aclaró el fiscal—. La señora Rice estaba ayer realmente enferma...

—Nada de eso. Todo el que no fuera un necio pudo darse cuenta de que estaba fingiendo.

—El certificado médico dice...

—Me importa poco lo que diga el certificado médico. Yo necesito interrogarla y trata de escapar a Europa. ¿Cree el señor fiscal quizás que no debemos impedir su fuga?

—Señor fiscal...—dijo el juez.

—Haré lo posible para que la testigo comparezca aquí inmediatamente—repuso el fiscal.

—¿Por qué no se envía un agente a buscarla? ¿Cuánto tiempo cree usted que necesitará para hacer comparecer a la señora Rice?—preguntó Jimmy.

—Una hora.

—Insisto en que se dicte una orden de detención contra Gertrudis Rice.

—Joven, me parece que está usted inútilmente excitado—indicó el fiscal.

—No me interesa nada de lo que le parezca al señor fiscal; necesito que la señora Rice se presente inmediatamente.

—Vuelvo a preguntar, señor fiscal—dijo el juez—¿en cuánto tiempo se com-

promete usted a traer aquí a la testigo?

—En una hora.

—Se suspende el juicio por una hora. Y rápidamente se desalojó la sala.

Resumida la sesión vióse que no había comparecido aún la señora Rice. El fiscal aclaró:

—Con la venia de la Sala. Yo no soy responsable de este retraso. La señora Rice me ha asegurado que todo ha sido un error y está dispuesta a comparecer dentro de unos minutos.

—Comprendo la actitud del señor fiscal—dijo Jimmy—, pero la cortesía y la consideración deben tener sus límites.

El señor juez intervino:

—Podemos dar aún un pequeño margen a la señora Rice, teniendo en cuenta las dificultades del tránsito que hayan podido ocasionar este retraso. ¿No tiene la defensa ningún otro testigo a quien poder interrogar mientras se espera la llegada de la señora Rice?

—Sí, señor juez: Marie Ducrot.

—Pues que pase.

Apareció una mujer de mediana edad, alta y bastante gruesa que hablaba con marcado acento francés y miraba a todas partes como ligeramente aturdida.

—¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¡Oh, sí!

Y depositó un sobrio beso en la Biblia, yendo luego a tomar asiento y a esperar el interrogatorio.

—¿Cuánto tiempo lleva usted al servicio de la señora Rice?—le preguntó Jimmy.

—Unos tres años.

—¿Cómo es la señora Rice?

—¡Oh! *charmante*... ¡Encantadora!

—¿Era feliz?

—Sí, muy feliz—dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿No presencié usted en la casa ninguna disputa?

—No, jamás. ¡No he visto dos personas más enamoradas!

—¡Ah! ¿Estaban enamorados?

—¡Y de qué manera! *Mon Dieu!* ¡Qué ternura!... ¡Qué hebras! ¡Ay!

Y su suspiro de solterona hizo reír a buena parte del auditorio.

—Pero ¿está usted segura de que no disputaban nunca?

—Nunca, señor... Se querían demasiado.

—Recuerde lo que ha jurado... diga la verdad... La noche del crimen... ¿se acuerda usted de aquella noche con precisión?

—¡Ah, sí! ¡Ya lo creo que sí!

—¡Bien! ¿No riñeron aquella noche?

—Al contrario, señor; yo misma vi marcharse a *monseigneur*... tan tierno... tan expresivo... tan cariñoso...

—¿No esperaba tanto!—murmuró el fiscal a uno de los secretarios.

—Protesto contra estos comentarios—dijo Jimmy.

—El jurado no los tendrá en cuenta—indicó el juez.

—Siento tener una voz tan fuerte, señor juez, hablaba con el secretario—dijo el fiscal.

Jimmy prosiguió:

—¿Puede usted afirmar, Marie, que no regañaron el día del asesinato?

—¡Ni ese día ni nunca! Él estaba siempre pendiente de complacer a *madame*. *Monsieur était délicieux*.

—Pero ¿era así constantemente? ¿No cambiaba de carácter?

—Ni un momento. Parecía un personaje de novela. *Magnifique*.

Y la buena mujer seguía suspirando como si lamentara no haberse encontrado ella en su lugar.

—¡Bien! Nada más.

El señor fiscal se dirigió hacia Marie.

—Ha sido usted muy clara en sus contestaciones—le dijo en tono burlón.

—¡Oh! *Merci, monsieur*.

—De nada, nada. Entonces... quedamos en que durante los tres años que ha estado usted al servicio de la señora Rice, no la vio usted nunca regañar con su marido...

—*Pardon, monsieur*—dijo con cara asombrada.

—Usted misma acaba de decirnos que no presencié usted la menor discusión entre la señora Rice y su marido.

—¿Cómo?—dijo haciendo grandes aspavientos—. ¿Con el señor Rice? ¡Oh, ha sido una equivocación!... No

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sabía que estaban ustedes hablando del... marido.

—¿No sabía usted que estábamos hablando del señor Rice?

—¡No!

—¿De quién creía usted...? En fin—arguyó el fiscal—, en vista de que estamos en el reino de la fantasía, no tengo nada que preguntar a la testigo.

Pero Jimmy avanzó hacia ella y enormemente interesado por sus declaraciones, por sus dudas, le dijo:

—Marie Ducrot, no se deje impresionar... ¿de quién creía usted que estábamos hablando?

—Del otro—dijo sencillamente.

Se produjo un gran rumor, rápidamente cortado por la nueva pregunta de Jimmy.

—¡Ah! Pero ¿es que había otro?

—¡Sí, claro!—contestó con naturalidad y sin dar importancia a la cosa—*Pourquoi pas?* ¡Como siempre!

La declaración alcanzaba un álgido interés. ¿Qué nuevas perspectivas se adivinaban en el proceso?

—¡Por supuesto!—indicó Jimmy, ¿Y dice usted que era apasionado y amentísimo?

—¡Oh, maravilloso! Lo que se llama un *amoureux*.

—¿Cómo se llamaba ese caballero? ¿No sabe usted?

—¡Claro que lo sé! Smith, John Smith.

—¿Estuvo ese señor Smith en casa de la señora Rice la noche del crimen?

—No, *monsieur*.

—Ha dicho usted que se separaron muy tiernamente...

—Eso fue la noche antes.

—¿Se quedó la señora Rice en casa la noche del crimen?

—No, *monsieur*, salió.

—¿La vió usted antes de que saliera?

—Ouí, *monsieur*.

—¿Qué hacía?

—¡Protesta!—gritó el fiscal.

Se acepta la protesta—dijo el juez. Jimmy, en cuyo rostro se denotaba la satisfacción, prosiguió:

—¿Le dijo ella algo antes de salir?

—Me dijo que tenía prisa. Estaba inquieta por...

—¡Protesta!—gritó el fiscal.

—Se acepta la protesta—concedió la presidencia.

—¿Le dijo adónde iba?—siguió diciendo Jimmy.

—No, *monsieur*. No me dijo más que "date prisa, que tengo que salir".

—¿La vió usted cuando volvió?

—*Naturellement!* La estuve esperando.

—¿Dijo dónde había estado?

—No, *monsieur*.

—¿Qué le dijo a usted entonces?

—Me dijo que se encontraba *malade*, lo que ustedes llaman indispuesta; me pidió que le ayudara a acostarse.

—¿Está usted segura que no regresaron el día del asesinato?

—¡Protesta!—dijo el fiscal.

Aceptada la protesta por el juez, el defensor continuó interrogando a Marie.

que contestaba ingenuamente, sin malicia de ninguna especie.

—¿Qué síntomas presentaba?

—Tan pronto parecía que tenía fiebre como estaba tiritando.

—¿Esta excitación podía haber sido causada por una disputa con su esposo?

—¡Protesta!—gritó el fiscal.

—Bórrase esa pregunta — indicó el juez.

Sourrió Jimmy, fatigado de las continuas protestas del ministerio público, y prosiguió:

—¿Llamó usted a algún médico?

—No, *Madame* me lo prohibió.

—Y estando enferma, ¿no le permitió que llamara al médico?

—No, *monsieur*.

—Nada más.

Iba Marie a marcharse cuando el fiscal le rogó que aguardara.

—Un momento... un momento... ¡Siéntese!

—Sí.

—Vamos a ver si podemos averiguar algo más acerca de ese oportuno señor Smith. ¿Sabe usted dónde vivía?—dijo con ironía.

—No, *monsieur*.

—Es extraño. Pero, en fin, ¿puede decirme cómo es?

—¡Oh, muy interesante!

—Eso no es mucho decir. ¿Era alto?

—No, *monsieur*.

—¿Entonces, bajo?

—No, *monsieur*.

—¿Ni alto ni bajo?

—No.

—Ya es un dato. Sigamos—continuó con finísima burla— ¿De qué color tenía el pelo?

—Castaño... no, negro... no estoy segura.

—Supongo que alguna vez se quitara el sombrero.

—¡Oh, *monsieur*, sí! Todos los días.

—¿No sería rubio?

—No, no creo.

—¿Pero tampoco está usted segura de que no fuera rubio?

—Me parece que era castaño claro... Pero, mire usted, para decir la verdad, no me fijé nunca en su pelo.

El fiscal la miró con sarcasmo, profundamente convencido de que aquella mujer no había dicho más que una sarta de mentiras.

—Entonces, realmente no puede usted decirnos si era castaño, negro, gris o rubio... ¡No importa!... Sigamos, tenemos ya algunos detalles para definir a ese misterioso individuo... No era alto ni bajo ni tenía el pelo de un color determinado...

—*Monsieur*, yo le dicho que no lo sé... no me acuerdo bien—protestó.

—¡Bueno, bueno! ¡Tranquiliícese! No se excite. Vamos a ver, ¿Qué tipo usted que decirme de sus ojos? ¿De qué color eran?... Supongo que no irá usted a decirme que no tenía ojos.

—¡Azules! — contestó bruscamente, molesta por el rotundín de aquellas frases.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿Claros?
—¡No! Oscuros.
—Negros no, ¿verdad?
—No, *monsieur*, azules.
—¡Muy bien! Sigamos esta interesante reconstitución... ¿Cómo era la nariz?

—Pues una nariz así, como todas.
—Naturalmente, una nariz como todas, pero, ¿larga, corta? ¿O tampoco sabe usted como era su nariz?

—Con precisión, no; pero era una nariz bonita: ni corta, ni larga, quizás más bien un poquitín larga.

El fiscal sonrió.

—Veo que hemos conseguido un retrato muy interesante de ese misterioso personaje de novela. ¿De modo que lo que quiere usted hacernos creer es que la señora Rice tenía un amante llamado John Smith, hombre bastante corriente, que vivía no se sabe dónde, que tenía el pelo no se sabe cómo, los ojos azules y una nariz ni larga ni corta, quizás el tamaño un poquitín larga. No era alto ni bajo, ni gordo ni flaco.

—*Monsieur*, yo no he dicho más que lo que sabía—contestó, picada.

—¿Y piensa usted que me puedo creer todo eso?

—¿Por qué no, señor?

—Nun ha referido usted detalladamente cómo salió de su casa aquella noche la señora Rice y lo que hizo a su vuelta. ¿A qué hora dice usted que salió?

—Salió a las ocho.

—Perfectamente. La noche del crimen la señora Rice estuvo fuera de casa

desde las ocho hasta las ocho y media.

—Sí.

—¿Por qué no nos ha dicho usted eso antes?

—Porque nadie me lo ha preguntado, *monsieur*.

—¿Es esa la única razón?

—Sí.

—Ha dicho usted que cuando volvió a su casa aquella noche la señora Rice, usted misma la ayudó a acostarse, ¿no es eso?

—Sí.

—¿No volvió a salir después?

—No, *monsieur*.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque de hora en hora entraba a ver cómo seguía.

—Y todas las veces que entró usted la encontró acostada, ¿no es eso?

—Sí, *monsieur*.

—¿Durante toda la noche?

—Durante toda la noche.

—Le quedo profundamente agradecido, señora. Muchas gracias. Nada más.

Marie le miró con altanería. Bastante le había hecho sufrir con sus preguntas. Y respondió bruscamente, causando ello las risas del público:

—¿No hay de qué! *Monsieur* es muy galante!

No pudo aún marchar, pues Jimmy le preguntó:

—Marie, ¿por qué entraba usted a ver a la señora Rice de hora en hora?

—Porque *madame* me dijo que la hiciera así.

—La señora Rice le dijo a usted que

entrara a verla cada hora durante toda la noche, ¿no es eso?

—*Oui, monsieur.*

—¿Poco la señora Rice mucho tiempo en ello?

—¡Oh, sí, *monsieur*, mucho!

—¿Está usted segura entonces de que le dijo que entrara usted a verla de hora en hora?

—Sí.

—¿Le dijo a usted que recordara que había usted cumplido su orden y que le contestara así a todo el que se le preguntase?

—¡Protesto! — repitió el fiscal por enésima vez.

—¡Se admite la protesta! — contestó el juez.

—Nada más.

Mario volvió a levantarse, pero el fiscal la detuvo.

—Un momento. Siéntese.

La pobre francesa estaba congestionada. ¿Es que no iba a acabar nunca?

—¿Le ha ofrecido alguien dinero para hacer esta declaración? — dijo el fiscal.

—¡No, *monsieur*! — contestó, indignada.

—¿Ha hablado usted de esto con alguien antes de entrar en la sala?

—¡No!

—¿No ha recibido usted una cantidad de dinero por inventar esa historia del señor Smith?

—¡Sí *monsieur* quiere decir que he mentado, *monsieur* está loco! — contestó en el colmo de la indignación.

—Nada más. Señor juez, solicito que se detenga a esta mujer.

La expectación era grande en la sala. Mary Dugan, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba con atención. Marie estaba pálida.

—Tengo motivos para suponer que ha jurado en falso — añadió el fiscal.

—¡Protesto contra esa detención! — dijo Jimmy —. Necesito que la vestigo permanezca en la Sala.

—Puede quedar detenida de todos modos — añadió el fiscal —. Que se encargue un agente de ella.

—*Mais, pourquoi, monsieur? Oñ, monsieur!*

—¡No tema nada! — explicó Jimmy.

—Yo me encargo de usted.

—¡Buena, si es así!... ¡Suélteme! — dijo a un policía que la cogía por un brazo.

Y mirando airadamente al agente fue a sentarse en uno de los bancos, y a su lado se acomodó el policía encargado de su vigilancia.

Fue llamado a declarar el capitán Price, a quien Jimmy preguntó:

—Capitán Price, en sus declaraciones ha manifestado usted que las huellas dactilares demostraban que la amasada empuñó el cuchillo con que fué asesinado el señor Rice, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Puede usted precisar si las hu-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Has fueron impresas al empuñar el cuchillo para hundirlo, o al extraerlo?

—No. Eso no se puede determinar.

—Si se afirmase que la acusada no empuñó el cuchillo sólo para extraerlo del cuerpo del señor Rice, ¿podría usted demostrar que no fué así? Conteste usted si o no, nada más.

—No.

—Entonces, todo lo que puede usted afirmar, capitán Price, es que el cuchillo fué empuñado con la mano derecha, ¿no es eso?

—Sí.

—Muy bien. Gracias, capitán.

El fiscal preguntó a continuación:

—Capitán Price, ¿hay algo que pueda probar que la acusada no empuñó el cuchillo?

—No.

—Nada más.

—En resumen—dijo Jimmy—, ¿todo lo que puede afirmarse es que la acusada empuñó el cuchillo con su mano derecha?

—Sí.

—Nada más.

—¡Henry Plaisted!

Se llamó al nuevo testigo, un hombre alto, peripuesto, elegantísimo, muy afeminado en el porte.

En la sala apareció al mismo tiempo la señora Rice, enlutada, con el paso vacilante, lento, como de enferma.

—Con la venia de la Sala—dijo el fiscal—. La señora Rice está aquí ya dispuesta para el interrogatorio.

—En este momento no puedo inte-

rrogarla—contestó Jimmy—, pero la necesitaré más tarde.

—La defensa ha dado excesiva importancia a la ausencia de la señora Rice—protestó el fiscal—. Esta afirma que no se encuentra bien y desea poder terminar cuanto antes.

—Lo siento mucho—indicó el juez.—La señora Rice tendrá que esperar hasta que la defensa desee interrogarla.

La señora Rice se sentó, y el fiscal hizo un gesto de contrariedad. Y en el estrado apareció el llamado Henry Plaisted, a quien un secretario tomó juramento, contestando el testigo con un sí atiplado que hizo reír a la concurrencia.

—¿Su nombre?—le preguntó Jimmy.

—Henry J. Plaisted. La J es abreviatura de James.

—¿Profesión?

—Sastre. Soy dueño de la sastrería del 543 de la Quinta Avenida.

—¿Era el señor Rice cliente de usted?

—Sí. Le vestía desde hace bastantes años.

En aquel momento unos policías entraron en la sala un maniquí que posieron cerca de la presidencia.

Al quitar la tela que cubría la cabeza, la señora Rice dió un grito de horror.

Mary contempló también con ligero espanto aquella figura. Las facciones del maniquí eran idénticas a las de Edgar Rice.

El fiscal se levantó indignado.

—¿Qué significa eso? ¡Señor juez,

protesta con toda energía contra esta presentación impropia e intolerable; en los años que llevo de ejercicio no he visto en esta sala una cosa semejante!

Pero Jimmy no se inmutó.

—¿No cree el señor fiscal que es mucho más incorrecto exhibir aquí fotografías de una mujer que fué sorprendida medio desnuda, presa de un fuerte ataque de nervias, y por consiguiente incapacitada para defenderse de ese ultraje?

—Joven, los fines de la justicia...

—No creo en eso que usted llama fines de la justicia, señor fiscal. Cuando un departamento de policía, torpe y desentendido, puede encarcelar a una mujer tan inocente del delito de que se le acusa que hasta un ciego podría verlo... Pido perdón a la Sala. Estoy seguro de que el señor juez disculpará mi proceder, si tiene en cuenta que la acusada es mi hermana, que todo lo sacrificó por mí... y que se ve envuelta en la vergüenza de este proceso sólo porque la policía y el fiscal no pueden o no quieren abrir los ojos a la verdad.

—Confío en que los naturales sentimientos no traspasarán de nuevo los límites del respeto a este tribunal—indicó el juez.

—Con la venia de la Sala, vuelvo a protestar contra la exhibición de este maniquí. No comprendo qué utilidad puede tener—indicó el fiscal.

—Me propongo probar con él que mi defendida no mató a Edgar Rice.

—¿Es ese su verdadero propósito?—le dijo el juez.

—El único, señor juez.

—En ese caso se admite la prueba.

Jimmy continuó:

—Diga usted, señor Plaisted. ¿Era el señor Rice un cliente fácil de complacer?

—No, señor, muy exigente; y como siempre estaba muy ocupado y era muy difícil conseguir que dispusiera de tiempo para probarse, tuve que hacer un maniquí.

—¿Es éste el maniquí que usted mandó hacer?

—Sí.

—¿Puede usted responder de que las dimensiones de la cavidad torácica son iguales a las del señor Rice?

—¡Oh, y al milímetro!

—¿Está usted seguro de ello?

—Las he comprobado mil veces personalmente.

—¿Puede usted afirmar, según eso, que la cavidad torácica es igual a la del señor Rice?

—Sí, señor, exactamente igual.

—Muy bien. Nada más. Muchas gracias. ¿Usted, señor fiscal?

—No tengo nada que preguntar.

—¡Ah, bien!

Y el sastre Plaisted después de una ridícula reverencia, abandonó el estrado.

* * *

Le tocó el turno al doctor Welcome, a quien Jimmy preguntó:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Doctor Welcome, esa figura tiene la misma talla y medidas que la víctima... ¿Tiene usted la bondad de marcar con esa tiza el sitio exacto donde encontró la herida?

—De memoria no puedo hacerlo con toda exactitud.

—Entonces tenga la bondad de señalar aproximadamente.

—Por aquí.

Y con la tiza, marcó una cruz en la espalda del maniquí, cerca del costado izquierdo.

A pesar de la larga duración de la vista, nadie en la Sala daba muestras de impaciencia. La causa tenía un interés enorme. ¿Quién era el culpable? Esa pregunta nadie la sabía contestar con seguridad.

—Perfectamente — siguió diciendo Jimmy —. Ahora tenga la bondad de marcar dónde se encontraba situado el corazón para que el jurado vea la distancia y posición del mismo con respecto a la herida.

—Aquí, poco más o menos.

Y dibujó un arco en la espalda, a poca distancia de donde había trazado la cruz.

—Entonces, la hoja del cuchillo, entrando por aquí—y señaló el lugar de la cruz—¿tuvo que seguir una dirección de izquierda a derecha para interesar el corazón?

—¡Sí!

—Ahora quiero que se fije usted en la capacidad torácica de este maniquí, teniendo en cuenta que es exactamente la misma que la de la víctima. ¿Era el

señor Rice un hombre fuerte y corpulento?

—Indudablemente.

—¿A qué distancia de este punto de la espalda—y volvió a señalar el lugar de la herida—calcula usted que debía estar situado el corazón?

—A unos doce o quince centímetros, no menos de doce.

—Muchas gracias. ¿Quiere usted hacer el favor de pasar al estrado? Dejemos el maniquí por ahora.

El doctor obedeció y Jimmy cogiendo un cuchillo dijo:

—Este es el cuchillo con que fué cometido el crimen; en él estaban impresas, como usted sabe, las huellas dactilares de la mano derecha de mi hermana. ¿Qué longitud calcula usted que puede tener este cuchillo?

—Unos nueve centímetros—dijo después de examinarlo.

—¿Está usted seguro?

—Es evidente.

—¿Cómo es posible inferir una herida de doce centímetros para llegar al corazón por la espalda, con un cuchillo que sólo tiene nueve?

—Es casi imposible, pero tiene una explicación. Un golpe dado con gran fuerza, comprime la carne al inferir una herida.

—¿Pero es necesario que el golpe sea extraordinariamente fuerte?

—Sin duda.

—Doctor, ¿puede inferir una herida así una mujer?

—Sí, como posible, es posible.

—¿Una mujer normal?

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—No. Una mujer de fuerza extraordinaria.

—¿Quedamos entonces en que esa herida no pudo ser causada más que por una mujer extraordinariamente fuerte?

—¡Exacto! Muy fuerte.

—Nada más. Muchas gracias.

—¡Un minuto, doctor!—indió el fiscal—. ¿Le permite su larga experiencia calcular el peso de un hombre conociendo su talla y su corpulencia?

—Sí, señor.

—Cuánto podía pesar el señor Rice, aproximadamente?

—Unos noventa a noventa y cinco kilos.

—Perfectamente. La acusada ha declarado bajo juramento que cuando encontró al señor Rice muerto intentó levantarlo del suelo y al no poder conseguirlo lo tomó en sus brazos. ¿Usted cree que es físicamente capaz de haber hecho eso?

—En circunstancias normales, no creo que esa muchacha hubiera podido hacerlo, pero en este caso, sí.

—¿En qué se funda usted?

—Cualquier emoción o gran excitación, puede dar a una mujer, circunstancialmente, fuerzas extraordinarias.

—Entonces un repentino ataque de ira, por ejemplo, puede producir el mismo efecto ¿no?

—Sí.

—Sabemos que la acusada sufría a veces violentos ataques de ira, durante los cuales gritaba y amenazaba de muerte. ¿Hubiera sido físicamente capaz,

bajo los efectos de un estado semejante, de causar la herida que mató a Edgar Rice?

—¡Protesto!—dijo el defensor.

—No puede admitirse la protesta—contestó el juez.

—Contestó, doctor. ¿Pudo la acusada en esas condiciones causar una herida así?

—Sí, señor fiscal.

—Nada más.

—Doctor, una hipótesis—dijo Jimmy—. Suponga usted que una mujer de inmensa riqueza y gran posición hubiera sido descubierta por su marido en relaciones con otro hombre. ¿Puede esa mujer bajo la influencia del terror y el miedo a la desgracia, tener fuerza bastante para causar una herida como la que mató a Edgar Rice?

—¡Protesto!—dijo el fiscal—. Ninguna de las premisas que encierra esa pregunta aparece demostrada.

—¡Admito la protesta!—dijo el juez.

—Conteste entonces—continuó Jimmy—. ¿puede esa mujer, bajo la influencia del miedo, causar una herida de doce centímetros con un cuchillo de nueve en el costado de un hombre?

—Sí.

—Nada más. Muchas gracias, doctor.

Marchó el doctor Welcome. La señora Rice aparecía nerviosa, agitándose en su banco. Mary Dugan, más serena que al principio, miraba con emoción a su hermano, que realizaba tan magnífica defensa. Marie Ducrot procuraba convencer con sus zalamerías al

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

policia de que la dejase marchar... Y en la Sala flotaba una atmósfera densa y casi irrespirable.

* * *

Se prescoto acto seguido el inspector Hunt.

—Conteste, inspector—le dijo Jimmy—, tenga la bondad. Como resultado de sus averiguaciones ha manifestado usted reiteradamente que la herida fué causada con un cuchillo empujado con la mano derecha... ¿Sigue usted creyéndolo así?

—Sí, señor, claro.

—Hemos llegado a aclarar que la herida iba de izquierda a derecha.

—Sí. Si el doctor Welcome lo ha dicho...

—Vamos a ver. Tome usted el cuchillo con la mano derecha y hiera al maniquí en el sitio marcado con una cruz, de tal manera que la hoja del cuchillo atraviere de izquierda a derecha.

Obedeció el inspector. Se puso detrás del maniquí y con la mano derecha intentó clavar la hoja de acero en el costado y en la dirección indicada.

¡Imposible hacerlo! Por más esfuerzos que realizó, la colocación en que estaba le impedía empujar con fuerza el cuchillo para herir en aquella dirección.

Vaciló, estuvo realizando varias com-

binaciones, hasta que, poniéndose frente al maniquí, abrazó a éste, y entonces pudo clavar perfectamente el cuchillo por el sitio de la herida y con fácil dirección hacia el corazón.

—¡Ya está!—exclamó triunfalmente.

Una sonrisa de ironía pasó por los labios de Jimmy.

—¿Cree usted que el cuchillo pudo clavarse en esa forma?

—Sí. No pudo clavarse de otra manera. La acusada estaba frente a Rice; ése la tenía abragada y ella, mientras le besaba, le clavó el cuchillo en la espalda.

—¿Y cree usted en serio que el jurado puede aceptar esa explicación?

—¡Pues no veo de qué otro modo pudo haber sido!

—Tome usted el cuchillo con la mano izquierda.

—¿Con la izquierda?

—Sí. Colóquese detrás del maniquí y hiera de nuevo.

El inspector hizo lo que le decían y con el mayor asombro vió que de esta manera podía la hoja del cuchillo atravesar de izquierda a derecha.

—¡Es verdad! ¡Era zurdó!—dijo con emoción—. ¿Quién iba a suponer?

Pasó por la sala como una ráfaga de escalofrío. Con aquella magnífica prueba, quedaban deshechas la mayoría de las argumentaciones contra Mary.

Jimmy, triunfalmente, dijo:

—Nada más. ¡Gracias, inspector! Pueden ustedes llevarse el maniquí. Ahora, la señora Rice.

Apareció ésta temerosa, pálida...

EL PROCESO DE MARY DUGAN

El defensor le preguntó con severidad:

—¿Por qué no acudió usted al juicio como prometiô?

—He estado enferma—dijo con voz temblorosa.

—¿Y ha pensado usted que un viaje a Europa le sentará muy bien?

—¿Un viaje a Europa? No sé lo que quiere usted decir—contestó tímidamente.

—¿No ha tomado usted pasaje para el "Leviathan" que zarpa esta noche?

—¡No! No he salido de casa en todo el día.

—Señora Rice—le indicó el juez—. Recuerde usted que declara bajo juramento.

—Lo recuerdo, señor juez.

—¿No ha ido usted esta mañana a las oficinas de la American Line?—preguntó Jimmy.

—No, señor.

—¿No ha intentado usted eludir este interrogatorio?

—¡No! ¿Por qué?

—Entonces, ¿cómo no ha acudido a la citación?

—No entendí bien... creí que podría quedarme en casa hasta que me sintiera mejor.

—Bien y ahora, ¿está usted dispuesta a contestar a todas las preguntas que le haga?

—Sí.

Un extraño temblor agitaba sus manos.

—¿Quiere usted escribir su nombre en este papel?

Ella obedeció trazando con letra nerviosa su nombre, con su mano derecha.

—No, señor Dugan. No soy ruda—dijo con una amarga sonrisa, temiendo que el defensor pudiera sospechar de ella.

—Señora Rice, ¿dónde estuvo usted la noche del crimen de ocho a ocho y media?

—Salí a dar una vuelta.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Por dónde pasó usted?

—Por la calle inmediata a mi casa.

—Nos ha dicho usted que cuando su esposo salió aquella noche, le dijo que volvería pronto; usted le había perdonado y se disponía a ser feliz de nuevo. ¿Cómo se explica que en esas circunstancias saliera usted a dar un paseo sin esperarlo?

—Estaba nerviosa... pensé que un paseo me calmaría.

—¿Llamó usted a alguien por teléfono mientras estuvo usted fuera de casa?

—No.

—¿Está usted segura de no haber entrado en la tienda que hace esquina a su calle y Park Avenue y de no haber hablado por teléfono desde allí durante un cuarto de hora?

—Sí. Estoy segura.

—¿Y qué hizo usted cuando volvió usted a su casa? ¿Se sentó a esperar el regreso de su marido?

—Sí. Entré en mi habitación y estuve esperando horas y horas.

—¿La acusó su marido la noche del crimen de tener un amante?

—¡No!—dijo estremeciéndose.

—¿Y no añadió después que iba a pedir el divorcio?

—Mi marido salió de casa aquella noche para romper definitivamente con esa mujer. Nada más que para eso.

Entretanto, Marie Ducrot, después de varias conjeturas con el policía, marchó de la sala, pero el agente, dándose cuenta de su huida, corrió en su persecución. ¡Ah, demonio! Tal vez se le escaparía entre la gente que aguardaba en los pasillos.

Sin que nadie reparase en aquel incidente, el defensor continuó:

—Solicito que la testigo conteste concretamente a mi pregunta anterior.

—Como que la pregunta ha sido contestada—dijo el fiscal.

—Señora Rice, debe usted contestar concretamente a las preguntas que se le hagan concretamente—advirtió el juez.

—Mi contestación es que no. ¡Que eso es mentira!

—Aquí se ha declarado que usted tenía un amante; una testigo ha descrito sus relaciones—gritó Jimmy.

—¡No es verdad! ¡Quién haya dicho eso ha mentado!

—¿No tiene usted un amante?

—¡No! ¡Ya he dicho que no!

En aquel momento un caballero avanzó hacia el estrado y dijo con aire ceremonioso:

—Señor juez, he recibido su citación. Todos pudieron reconocer en el re-

cién venido al señor West, el primer defensor de Mary Dugan.

—Un momento, señor West—dijo Jimmy—; tengo que hacer dos o tres preguntas... Un momento... ¿No la amenazó su marido con pedir el divorcio, señora Rice?

—¡No! ¡De ninguna manera!

West había tomado asiento y sonreía con tranquilidad.

—¿No le dijo que la iba a echar de casa?—siguió preguntando Jimmy.

—¡No!

—¿Quiere usted repetirme las palabras que empleó para decirle que iba a romper sus relaciones con la acusada?

—Me dijo que yo era la única mujer a quien realmente quería—contestó bajando las ojos.

En aquel instante volvía a la sala Marie Ducrot que había sido detenida, después de una persecución por los corredores, por el agente... Fue a tomar asiento lamentando su mala estrella, pero de pronto al ver al señor West dió un grito de sorpresa.

—¡Oh, *mon Dieu!*—dijo señalándole—. ¿No preguntaba usted por el señor Smith? *Le voilà...* ¡Aquí está!

Aquellas palabras produjeron gran sensación. West contempló con espanto a la francesa. También la señora Rice miró a Marie con ojos extraviados.

Jimmy avanzó hacia ella y le dijo:

—¿Qué dice usted?

—Digo que aquí tienen ustedes al señor Smith, el amante de *madame*.

Y seguía señalando sin timbeos al abogado West.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

—¡Es falso! ¡Es mentira!—protestaba la señora Rice.

West no decía nada, pero hacía gestos de indignación. El mismo señor fiscal se mantenía perplejo, y los individuos del jurado comentaban las extrañas sorpresas y variaciones de aquel proceso.

—¿Está usted segura? — preguntó Jimmy a Marie.

—¡Sí! —respondió firmemente.

—¡Bien! ¿Tiene el señor fiscal algo que preguntar?—dijo Jimmy.

—Ahora no. Fido que esa mujer continúa detenida—añadió dirigiéndose a Marie.

—Nada más, señora Rice — indicó Jimmy.

La dama se levantó y sollozando quedamente se sentó en uno de los bancos.

Jimmy imprimiendo a sus palabras un acento glacial, dijo a West:

—Señor West, ¿tiene usted inconveniente en que le interrogas?

—Estoy a las órdenes de la justicia —dijo éste con serenidad.

Avanzó hacia el estrado, donde el secretario le tomó juramento.

—¿Juráis solemnemente decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—¡Sí, juro!

Tomó asiento, y Jimmy le preguntó:

—Señor West, preguntó usted al inspector de policía si sabía que era usted quien ocupaba las habitaciones inmediatas a las de la acusada. ¿Era usted en efecto quien vivía en ellas?

—Sí—respondió.

—¿Dónde estaba usted la noche del crimen?

—En casa.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche. Me acosté a eso de las diez y dormí hasta por la mañana.

Jimmy le miró fijamente, de manera tan honda, que West desvió sus ojos.

—Mi hermana me ha dicho que por la mañana fué usted a ofrecerle sus servicios. ¿Cómo justifica usted esa visita tan desacostumbrada en nuestra profesión?

West se agitó en su asiento.

—Como vecino conocía a la procesada y al hombre que yo creía su esposo; me pareció correcto ofrecerme; me di cuenta de la situación de su hermana.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a la señora Rice?

—No conozco a la señora Rice—contestó con energía—. No la he visto hasta que compareció en este juicio.

—¿Es verdad eso?

—Sí, es verdad.

Pero Jimmy, siempre con sus ojos acusadores sobre él, prosiguió:

—Señor West, ¿no le prometió la señora Rice casarse con usted?

—Le he dicho que no conozco a la señora Rice.

—¿No oyó usted al señor Rice decir, de la habitación inmediata, que había descubierto sus relaciones con la señora Rice?

—No sé nada.

—¿Jura usted que no oyó decir al

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

señor Rice que iba a modificar su testamento, desheredando a su esposa?— dijo con enérgica entonación.

West se sentía turbado. El tono brusco, implacable con que Jimmy le interrogaba, crispaba sus nervios.

—Ya le he dicho que no vi nada en la habitación.

—Bien... Le voy a decir a usted lo que yo creo que pasó la noche del crimen... Es una sospecha que tengo a pesar mío.

Y se acercó mucho a él como si quisiera clavarle las palabras con la fuerza de martillazos.

—La señora Rice le telefoneó a usted esa noche alrededor de las ocho, usted salió corriendo a reunirse con ella; ella le dijo que su esposo se había enterado de todo; volvió usted corriendo a su casa; oyó usted al señor Rice decir que iba a desheredar a su mujer, con quien usted pensaba casarse; oyó usted más tarde sus gritos de angustia; desde la puerta entreabierta vió usted salir a la procesada, y entonces, sorprendiendo al señor Rice le dió usted muerte antes de que tuviera tiempo de reformar el testamento... ¡Por cinco millones de dólares dió usted muerte al señor Rice!

West, frónico, pálido, con las manos engarfiadas, negó aún.

—¡Le digo a usted que yo no maté al señor Rice, que no conozco a la señora Rice; que no la he visto en mi vida!— exclamó, angustiado.

—Otra pregunta. Dice usted que esa noche se acostó a las diez en punto.

—Sí.

—¿Cómo supo usted que eran las diez?

—Porque miré mi reloj.

—¿Tiene usted la bondad de dejarme ver ese reloj?

—Con mucho gusto.

Tembloroso, West, con las dos manos entregó una cadena de oro en uno de cuyos lados había un reloj y en el otro unas llaves.

Abrió Jimmy la tapa y la examinó.

—¡No tiene ningún retrato!— dijo West con una forzada sonrisa.

—Ya veo. Muchas gracias.

Le devolvió el reloj, que West tomó con las dos manos, guardándolo de nuevo en el chaleco.

Jimmy se apartó de West que parecía sufrir los efectos de una intensa crisis nerviosa.

Se acercó a la mesa y tomó un cuchillo.

—¿Conoce usted este cuchillo?— preguntó—. ¿Lo había visto usted antes?

West se estremeció.

—No lo había visto hasta que se trajo a esta sala.

—¿Está usted seguro? ¡Cuidado! ¡Tómelo!

Le arrojó contra él y West, instintivamente, lo recogió con su mano izquierda extendida.

La señora Rice dió un grito de espanto.

—¡Ah!

West quedó sosteniendo con la mano zurda el cuchillo, comprendiendo que se acababa de comprometer gravemente.

EL PROCESO DE MARY DUGAN

Se acercaba el desenlace. Jimmy, enérgico, vibrante, paseando su mirada triunfal, dijo:

—¡Someto como prueba la mano zurda del amante de la señora Rice, y el instrumento del crimen!

Escuchóse un profundo marmullo de aprobación que esta vez no pudo apagar siquiera la energía del presidente.

West aparecía anonadado; la señora Rice sollozaba... Mary Dugan miraba a su hermano como a su dios salvador.

—¡Solicito veredicto de inculpabilidad para mi hermana!—gritaba Jimmy solemnemente—. Queda libre de toda acusación.

El fiscal, comprendiendo que no podía dudarse ya de la irresponsabilidad de Mary Dugan, se levantó y dijo:

—Someto el caso a la deliberación del jurado, sin distinción.

El señor juez se dirigió a los individuos que formaban el Tribunal popular.

—Jurados, vosotros sois los únicos jueces en este caso. No estáis aquí para decir quién mató a Edgar Rice. Vuestra única misión consiste en determinar la culpabilidad o inocencia de Mary Dugan. Puede retirarse el jurado a deliberar.

Suspendióse la sesión. La sala bullía, era un hervidero delirante. Ya nadie dudaba de la inocencia de Mary, pero ésta, en aquel momento decisivo, temía aún el fallo popular. ¿Cómo sería? ¿Libertad, condena? Jimmy, junto a ella, le aseguraba que su caso estaba abuelto.

West, detenido por unos agentes, se encontraba en un banco, cañizajo, horrorizado, bajo el peso de su culpa. También la señora Rice lloraba al ver la culpabilidad de su amante.

No se hizo esperar mucho el fallo. Volvieron los individuos del jurado graves, solemnes, el aspecto tranquilo de haber cumplido con su deber.

—¡Jurados!—dijo uno de los secretarios—. ¿Habéis acordado ya vuestro veredicto?

—¡Sí!—dijo su presidente.

El escándalo era ensordecedor en la sala y el juez tuvo que gritar con energía:

—Los agentes detendrán a todo el que altere el orden.

Pero las almas vibraban. Después de aquella violenta tensión los nervios estaban a punto de estallar.

—¡Levántese, procesada!—dijo un secretario.

Mary obedeció.

—Jurados, mirad a la procesada—siguió diciendo el secretario—. Procesada, mirad al Jurado.

Estaban frente a frente.

—¿Cuál es vuestro veredicto? ¿Es culpable o inocente?

Y entonces en medio del silencio que súbitamente se había producido, resonó la voz del presidente del Tribunal popular.

—¡Inocente!

Y a continuación un alarido de júbilo, un aplauso cerrado, un griterío de alegría, significando que el pueblo rubricaba el veredicto.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡Inocente!... ¡Inocente!...

Se había hecho la luz entre la ne-
grura de tanto misterio. West era cul-
pable. La mujercita que había sufrido
tanto por su culpa, estaba rehabilitada
al fin.

Y ella corrió a abrazar a su herma-
no y le dijo entre lágrimas y besos:

—¡Jimmy! ¡Soy libre... gracias a tí,
Jimmy!

FIN

De

José P. Pla y Ferrer
15-7-12.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Ofertina, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbacá, 16.-Madrid: Francisco San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS AL APARECER ESTA IV EDICIÓN

La Vida Alegre.—El Gran Decidido.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 22.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantón, el hombre que se vendió.—Cuba.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zaná.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Meriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trilpuñ.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijas.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última ciega.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diables.—¡Río, payaso, río!—Volga, Volga.—La Sinfonía Pastoral.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!.—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despectar.—Las tres parientes.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La cupla andaluz.—Los cosacos.—Icarus.—El conde de Montecristo.—La mujer Ugera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Esterillas dichosas.—Yem es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Eppémo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Viejo hidalguito.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Carez.—Las dos hermanas.—La Gamba de la Escopa.—El precio de un beso.—La raposita del recuerdo.—Delicatessen.—Del mismo barro.—Esterrellados.—Cuatro de Infantería. Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Bombas de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran pasadiz).—El valiente.—¡De franc. marchent!—Fium.—El presidente.—Romance.—El gran charro.—Yempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christian.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El mal.—El pava real.—Bajo los techos de París.—Wo-li-Chang.—Montecarlo.—Cumino del infierno.—¡Mia serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amante de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del Infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¡Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de sudor.—La linna sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trador Horn. Un yungui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiandina.—Las peripetias de Skippy.—¡Qué viuditas!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran tres.—Cheri-Bibi.—Béxame otra vez. Camarotes de lujo.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

PROXIMOS NUMEROS:

La sentimental narración

Los hijos de la calle

Por Gaby Morley, Victor Francen, Jacques Varennes,
Tania Fedor, etc.

Novela que ninguna mujer dejará de leer

La magnífica novela

La divorciada

por Norma Shearer, Chester Morris, Conrad Nagel
y Robert Montgomery

La fantasía de Cecil B. de Mille

Madame Satán

Por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth, etc.

*

SEGUIDAMENTE:

La deliciosa ópera

El teniente del amor

Por Gustav Fröhlich, Dolly Haas, etc.

Marianita

Por la pareja ideal Janet Gaynor, y Charles Farrell

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre y únicamente lo mejor

¡Últimos grandes éxitos!

- El precio de un beso, por José Mojica y Musa Meris. (4 ediciones)
- ✓ Del mismo barro, por Musa Meris y Juan Torres. (4 ediciones)
- Ladrón de amor, por José Mojica y Musa Meris. (4 ediciones)
- El valiente, por Juan Torres. (2 ediciones)
- El presídio, por José Crespo. (2 ediciones)
- El gran charco, por Nicolás Clavilier y Conchita Colbert. (2 ediciones)
- Sevilla de mis amaras, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (2 ediciones)
- San-Mar, por Ramón Novarro y Ray Mac Arroy. (Edición popular)
- Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angélica Benítez y José Crespo
- Montecarlo, por Conchita Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)
- Camino del infierno, por María Alba y Juan Torres. (2 ediciones)
- El gran desafío, por John Gilbert y Rosita Adams. (Edición popular)
- Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.
- La viuda negra, por Max Murray y John Gilbert. (Edición popular)
- Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)
- ✓ El proceso de Mary Dugan, por María Ledrón de Guervá, José Crespo, Rosita Adams, Rafael Rivelles, Bivina Meris, etc. (4 ediciones)
- En cada puerta un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.
- Marruecos, por Marilena Dietrich, A. Matjeu, G. Cooper, etc. (2 ediciones)
- ¿Casaca a la mujer?, por Carmen Larrabati, Ana María Casanova, Rafael Rivelles, Miguel Ligero, Manuel Arbó, etc.
- X La mujer X, por María Ledrón de Guervá, J. Crespo, E. Novillo (3 ed.)
- Quinta negra, por Rosita Adams, Roberto Rey, Rosita Adams, etc.
- Mar de fondo, por George O'Brien, Marian Leasing, Musa Meris, etc.
- X La buena sugeta, por Bivina Meris, Martha Garralaga, Luana Alcánta, etc.
- La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabati, etc. (2 ediciones)
- La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)
- Vidas frías, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.
- La Bera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.
- Yahú, impresionada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.
- El pasado amargo, por Luana Alcánta, Barry Norton, etc. (2 ediciones)
- Papa piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)
- Tráiler Hónu, por Harry Carey, Danna Huslin, Edwina Booth, etc. (2 ed.)
- Un yanqui en la corte del rey Arrau, por Wit Jagers, William Farnum, Maurice O'Sullivan, Frank Albertson, Myrna Loy, etc.
- El Código penal, por María Alba, Harry Norton, etc. (2 ediciones)
- La pura verdad, por Enriquezta Serrano, Manuel Russel, etc.
- Maternidad o El derecho a la vida (obra de arte) (2 ediciones)
- Corción - La tragedia de la mina, (versión de G. W. Pabst). (2 ediciones)
- Estudiasitas, por Ramón Novarro, Dorothy Jordan. (2 ediciones)
- Las purpúreas de Skippy, por Jackie Cooper, Robert Coogan, etc. (2 ed.)
- ¡Qué viuditas!, por Gloria Swanson, Margaret Livingston, Owen Moore, etc.
- El camino de la vida (primer film con hablado y casado). (2 ediciones)
- Noches de Viena, por Vivienne Segal, Alexander Gray, etc.
- Mamá, por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, etc. (3 ed.)
- Erin Brock, por Manuel Arbó, Juan Torres, Ana María Casanova, etc.
- Cheer-Bibi, por Ernesto Vilches, María Ledrón de Guervá, etc. (2 ediciones)
- Bésame otra vez, por Walter Pidgeon, Service Claire, etc.
- Camarón de bajo (Tresaltante), por Edmund Lowe, Lita Merau, etc.

Adquiera las interesantísimas **BIOGRAFÍAS**
de los famosos artistas:

MAURICIO CHEVALIER,
JEANNETTE MAC DONALD,
GRETA GARBO,
RAMON NOVARRO,
CHARLOT,
JOSÉ MOJICA

(10 ediciones)

Numerosas ilustraciones en el texto - Postal-regalo - Canciones.
Anécdotas - Sensacionales revelaciones.

Insuperable presentación. **Precio: 50 cts.**

Pida siempre, la primerísima novela cinematográfica

La Novela Semanal Cinematográfica

Asuntos selectos - 52 páginas de buen texto.

Postal-regalo. **Precio: 25 cts.**

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Imeliorables asuntos - 52 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor. **Precio popular: 30 cts.**

Éxito de la colección **EL FILM RUSO**
de asuntos rusos

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante mendigo.

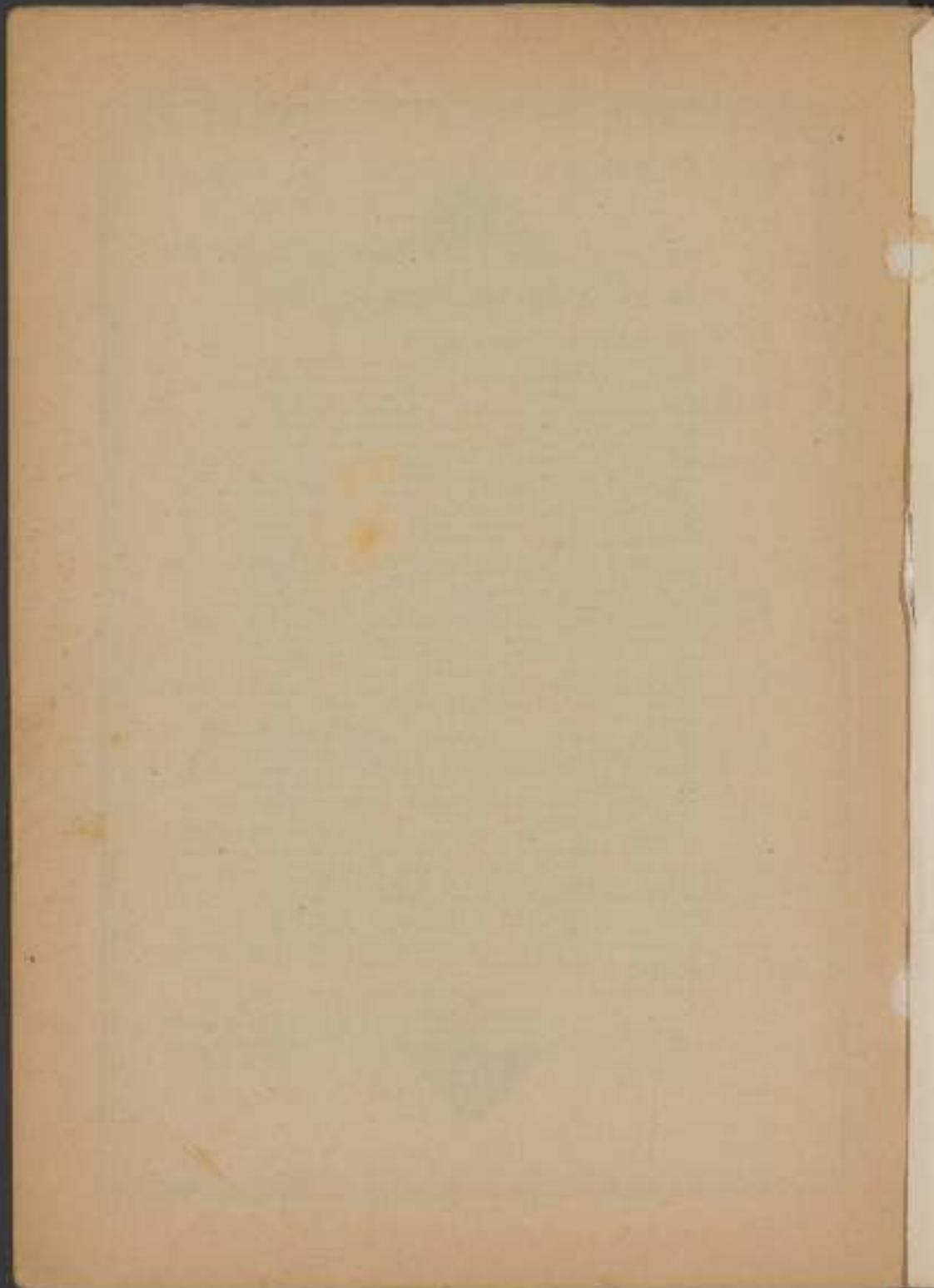
Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puercas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrada simbólica - 4. La loza del pasado - 5. La mujer de Estada.
6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer - 9. Tras la cortina - 10. Los misterios de Londres. (La diada pecadora) - 11. En la vieja Arizona - 12. Honorado a la madre - 13. Nobleza baturoa - 14. Su maldad El Amor - 15. Amor sin teatro - 16. Eugenia Grandet - 17. Ans contra el mundo - 18. La hermana blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres frivolas - 21. No me olvides - 22. El caballero del amor - 23. Estradas fugaces - 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda.
27. Sedas traluceras - 28. El príncipe Stravos - 29. Fédul, amor y ternos - 30. Hombres peregrinos - 31. Sed de cariño - 32. Luna de miel - 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Los tres hermanos - 37. Cara o cruz - 38. La calle del azar - 39. La batalla de Paris - 40. Malas compañías - 41. El conquistador - 42. La casa del millón - 43. El enemigo silencioso - 44. El príncipe X - 45. Caotón gitano.
46. ¿Quién atemorizó? - 47. El capitán Tormenta - 48. Arco Iris - 49. Estrellas del «Edén» - 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! - 52. Baicón - 53. La santa amistad - 54. Deseos del circo - 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango - 57. La noche en suena - 58. El premio de belleza - 59. ¡Siempre alerta! - 60. El misterio de Villa Blanca - 61. El testamento Modelhof - 62. Oro y sangre.
63. Ingenieros peligrosos - 64. La locura del oro - 65. Hermanas frivolas - 66. Estrellas de Occidente - 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana - 69. La casa de la fecha - 70. So delusor - 71. Jóvenes pecadoras - 72. Escenas de médicos - 73. Su hombre - 74. ¡Vaya mujer! - 75. Todo por el aire - 76. Pir de pasión - 77. Pir un par de pilanes.
78. Padre amoris - 79. Música de besos - 80. El otro yo - 81. El camello negro - 82. A toda marcha - 83. Me voy a Paris - 84. Cordas y sacas - 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo prodigo - 87. La aventura - 88. Tres muchachos franceses - 89. El temerario - 90. Mi padre es un francés.
91. Terza - 92. Rasocelos - 93. Un prisionero en Paris

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor



Ob. Franke Rogit

4/16

Antonio + Elena + Benito

A.E.

E
B

Precio: UNA peseta